BIBLIOTECA ECA

LA BUENA EDUCACIÓN

SHOUT
SHARE
IT

BIBLIOTECA RICA

TOMO V

LA BUENA FRIDOLINA

ES PROPIEDAD

Fridolina no oyó ninguna de estas palabras: bajó precipitadamente al patio y gritó desesperadamente al ver al desgraciado Martín tendido sin dar señal de vida en una litera improvisada

LA
BUENA FRIDOLINA

Y

LA PÍCARA DOROTEA

NOVELITA

DE

CRISTÓBAL SCHMID

TRADUCIDA POR

F. DE P. R. Y S.

Con aprobación de la Autoridad Eclesiástica

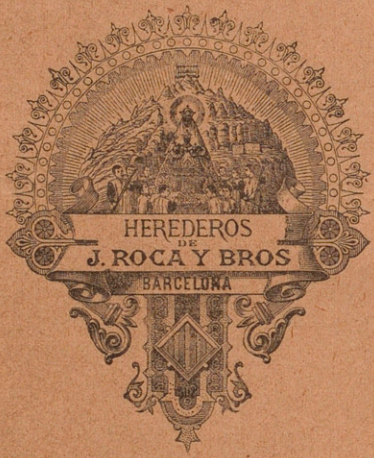
BARCELONA

Librería de Montserrat—Herederos de J. Roca y Bros

CALLE PLATERÍA, NÚM. 43

1903

AJUNTAMENT DE BARCELONA
Museu del Llibre i de les Arts Gràfiques


HEREDEROS
DE
J. ROCA Y BROS
BARCELONA

LA
BUENA FRIDOLINA
Y LA PÍCARA DOROTEA

CAPÍTULO PRIMERO.

La paloma.

QUERIDA Fridolina: continúa siempre siendo piadosa y buena, conserva esos sentimientos de amor filial que reposan en tu corazón, y el omnipotente á quien no se le escapa uno solo de tus pensamientos, te bendecirá en su misericordia infinita y te concederá la gracia de ser un día el alivio y la alegría de mi vejez».

Tales palabras dirigía el Sr. Verner á su idolatrada hija, abrazándola tiernamente contra su pecho, en tanto que brillaba en sus párpados una lágrima de gozo y de ternura.

El señor Verner era un acaudalado comerciante, y un hombre de bien á carta cabal. Había emprendido á la sazón el comercio de lanas en vasta escala, y tanto su nombre como su firma gozaban de una estima y crédito perfectamente merecidos. Su probidad, el orden que en su casa reinaba, y el favor que á los pobres dispensaba le habían captado la consideración de

las gentes. Solía consagrar los momentos de ocio á la educación de su hija única, teniendo el especial cuidado de acostumbrarla á rogar diariamente á Dios en su compañía, impetrando sus beneficios y dándole gracias, como á eterno manantial que es de todos los bienes, por los medios y ocasiones que se había servido proporcionarles de hacer bien á sus semejantes. Habiéndole la muerte arrebatado muy temprano á su amada esposa, no quiso confiar á agenos cuidados el porvenir de su hija, antes bien propúsose sembrar por sí mismo la semilla de la virtud y de la religión en su corazón virgen, siendo su gozo inexplicable al vislumbrar los primeros gérmenes echando en él sanas y profundas raíces.

Crecía Fridolina en años y en belleza; y en lo que valía más aun que esa perecedera cualidad, crecía también en bondad de corazón, en sentimientos piadosos y en perfecta conformidad con la voluntad de Dios. El recuerdo de su tierna madre permanecía profundamente grabado en su memoria, y precisamente el día del aniversario del fallecimiento de aquélla, habiendo acudido al cementerio á renovar con otras frescas las místicas flores que adornaban la tumba de su madre, la sorprendió su padre que á aquel sitio se dirigió tambien, deseoso de renovar así mismo sus dulces pesares, el cual conmovido ante este acto de piedad filial, la abrazó anegados los ojos con lágrimas de alegría y la dirigió las tiernas palabras con que hemos inagurado este capítulo.

Fridolina contaba entonces diez y seis años de edad y era una joven encantadora, amada y distinguida por todo el mundo, que admiraba su piedad, su modestia y sus virtudes, cuando la divina Providencia vertió sobre ella el cáliz de

la adversidad, para poner á prueba sus buenas cualidades y hacerla más digna aun de las celestes recompensas.

El Sr. Verner sufrió una enfermedad penosísima, la cual le afectó en la vista de un modo tal, que el infortunado padre corría el peligro de quedarse ciego. Por la gracia de Dios y la asistencia de un médico sumamente hábil - puesto que la ciencia humana se estrellaría sin la voluntad divina —desapareció el mal, sino por completo, en gran parte; pero quedóle una debilidad tan grande en los ojos, que hubo de renunciar á llevar por sí mismo los libros de su negocio, confiando los trabajos del escritorio á manos extrañas.

Además torturaban su espíritu inquietudes de un orden más serio que este accidente. Muchos años hacía que asolaba los campos de Alemania una guerra cruel y desastrosa: llegaban de todas partes las más tristes noticias, y las casas de comercio de crédito mejor sentado y de más reconocida reputación sucumbían al peso de las circunstancias, arrastrando á otras muchas en su caída.

Estas dolorosas noticias pusieron colmo á las justas alarmas que afectaban profundamente al buen comerciante. — «Señor Dios mío, exclamaba con frecuencia al encontrarse á solas y libre de testigos, si en vuestros impenetrables designios habéis decidido que yo deba ser una de las víctimas de esos desastres comerciales, y perder en un instante todo el fruto de mis trabajos, de mi probidad y de mis ahorros, concededme la gracia de hacerme soportar ese revés con la resignación verdadera de un cristiano digno de vuestro santo amor. Reconozco que os habéis servi-

do preparar un consuelo para los días de mi vejez, concediéndome una hija tan virtuosa y digna de mi ternura; concededme ahora en vuestra infinita misericordía, si me está reservado sucumbir, que por lo menos sucumba sin deshonra.»

Fundados en extremo eran estos temores del Sr. Verner y semejante en tan críticas circunstancias al marino que lucha con los elementos para hacer frente á la desencadenada tormenta, vendió cuanto poseía y pagó todas sus deudas sin quedar mal con nadie. Pero este sacrificio absorvió toda su fortuna, y el honrado comerciante alcanzó una posición próxima á la miseria. Con este motivo trasladóse con su hija á una modesta vivienda situada en la parte más retirada de la población, con la triste perspectiva de acabar allí sus días en medio de las más duras privaciones.

Todas las personas de bien lamentaron tamaño infortunio; pero aquellos que hubieran podido volar en su socorro, cuando aun era tiempo, no podían hacerlo en razón de las circunstancias, y los acaudalados hinchados de orgullo cerraban el corazón á todo sentimiento humanitario. Hay más: algunos de ellos, celosos hasta entonces de su prosperidad, cometieron la bajeza de regocijarse secretamente de su desgracia.

Pero no te desalientes, pobre Verner: sobre nosotros existe un Dios que coloca todas las lágrimas y suspiros de los infortunados en la balanza de su misericordia y que conmovido por su inquebrantable confianza y llevado de su paternal solicitud, sabrá en su día recompensar tus dolores centuplicándolos en gozos y bienandanzas. Su mano es siempre bastante poderosa para

amparar á las víctimas de la adversidad, que perseveren en la fe y en la virtud.

Antes de que ocurriera la fatal catástrofe, cuando no hacía más que entrever la desgracia que le amenazaba y que se adelantaba á pasos agigantados, solo por su hija Fridolina tembló este excelente padre. A causa de esta niña, la indigencia le parecía mil veces más cruel y espantosa. Calcúlese pues con cuanta alegría, con cuanta dulzura no recojería los prósperos frutos de la buena educación que le había dado! Por la nueva posición que les deparó la suerte nunca atestiguó Fridolina el menor resentimiento, aunque en secreto su tierno corazón manaba sangre, al pensar en su desvalido padre. Sometida á su nuevo estado con piadosa resignación, tan solo en favor del mejor de los padres imploraba la asistencia divina; y ella era por lo demás quien á fuerza de dulces consuelos procuraba reanimar la confianza y el abatido espíritu del infortunado anciano. Bien previsto tenía ya que los débiles restos salvados del naufragio ofrecerían recursos insuficientes para procurarse los elementos á la vida más indispensables. Calculen pues nuestros lectores cuantas acciones de gracias no dirigiría al Eterno por haber aprendido en los días de prosperidad, á hacer toda suerte de labores. Llena de santa confianza esperaba hallar en sus débiles talentos y sobre todo en la costura y el bordado, medios para mejorar algun tanto su situación.

Púsose pues á trabajar con actividad y celo: sus hermosos bordados hallaron al poco tiempo muchos admiradores; pero los compradores eran raros en unos tiempos tan críticos en que andaba el dinero tan escaso Fridolina tuvo que perder

muchas noches, limitándose á obras menos primorosas, para ganarse el sustento de cada día. ¡Con qué ventura, con cuanta felicidad la amable niña recibía el producto de su trabajo y lo invertía en preparar para su padre una comida nutritiva ó en aderezarle un plato predilecto! Con frecuencia y dando un pretexto cualquiera abste-

níase de probarlo para que fuera mayor la parte de su pobre padre, y entonces se contentaba con un poquito de pan que le parecía delicioso, por la satisfacción que le causaba el hecho de haber proporcionado un delicado manjar al venerable autor de sus días. ¡Oh, vosotros, hijos míos, que estas líneas leeis, tomad por espejo á la bondadosa Fridolina, y creed en mi experiencia: todo

el bien que hariés en favor de vuestros padres, os será contado en el cielo y no os faltará nunca la recompensa en este mundo ó en la vida eterna.

De su primera brillante juventud Fridolina no había llevado á la vivienda de la indigencia más que un solo objeto, del cual no le fué posible separarse, pues no se sintió con fuerzas: era ese objeto una linda palomita que ella había educado y que la quería de tal modo que no la dejaba un solo instante. El dócil animalillo parecía que estudiaba la disposición de espíritu de su joven dueña y que á ello se doblegaba. Con mucha frecuencia estando sentada Fridolina delante de su bastidor de bordar, absorbida en tristes reflexiones, si una furtiva lágrima brotaba de sus ojos, la fiel palomita negábase á comer las migajas de pan que le daba la niña, é inclinaba tristemente la cabeza posando la mirada al suelo. Pero cuando la muchacha sentía reanimarse su espíritu después de dirigir una ferviente oración al cielo y á él dirigía miradas más serenas y confiadas, la paloma salía también de su tristeza, abría las alas, arrullaba alegremente, loqueaba un instante volando al rededor de Fridolina y le causaba las más gratas distracciones. Por eso sin duda, en su infinita bondad ha concedido el Criador á los animales ese instinto admirable que les induce á encariñarse con el hombre, á pesar de que hay gentes groseras y desalmadas que pagan esa adhesión con los más duros y crueles tratamientos. La gentil paloma era la favorita de la pobre Fridolina, que estaba muy lejos de presentir que un día por el sacrificio de su tierno animalillo, recobraría la felicidad perdida.

En tanto que Fridolina en su modesto retiro trabajaba sin descanso para alcanzar el alivio de

su pobre padre, la situación de éste se agravaba de día en día, y su vista de tal manera iba debilitándose que llegó á inspirar temores de perderla enteramente. El inmenso pesar que esto le producía influía grandemente en su salud delicada, de manera que perdía sus fuerzas con asombrosa rapidez y de un modo espantoso. Redobló sus esfuerzos y cuidados la virtuosa niña, deseosa de poder proporcionarle los necesarios medicamentos; pero un nuevo golpe de la ciega fortuna acabó de abatir su generoso ardimiento. Fridolina había entregado una considerable cantidad de bordados á un tendero de novedades, que le invitó á que pasara por su casa el día siguiente para percibir el precio y hacerle nuevos pedidos. Desgraciadamente un asunto de la mayor importancia obligó al tendero á partir aquella misma noche. Por una fatal distracción olvidóse de dejar la orden de que pagaran á la buena muchacha, de manera que los dependientes declararon que les era imposible saldar la cuenta, antes del regreso de su dueño, el cual no debía efectuarse antes de algunos meses.

Ese contratiempo acabó de agravar la posición de Fridolina, que se veía sin un céntimo, á pesar de que había contado con la —para ella pequeña fortuna que debían proporcionarle los bordados. Y era lo más fatal que no solo no cobraba, sino que quedaban en suspenso los pedidos con la súbita partida del tendero. Así que la necesidad y la miseria comenzaban á asediarla; y en tanto que Fridolina tuvo una prenda de ropa ú otro objeto de algún valor que vender ó empeñar, su anciano padre no experimentó privación alguna; pero cuando ya nada le quedó de que desprenderse, la infortunada joven veía con do-

lor creciente la salida de cada nuevo sol, y en esta crudelísima situación solo los inquebrantables sentimientos de piedad y fe que en ella germinaban podían llegar á sostenerla. Sí, es la religión la única áncora salvadora, cuando las tormentas de la adversidad agitan nuestra combatida existencia: solo ella puede sostener nuestro aliento y salvarnos en el borde mismo del precipicio. No permitáis, pues, que vuestra fe se entibie, ¡oh vosotros los que sobrelleváis el peso del infortunio! pues con ello os privariais de uno de los mejores consuelos y dariais creces á vuestros sufrimientos.

Dos días hacía que la desdichada Fridolina no tomaba alimento hecho en el fuego, por cuyo motivo sentía desfallecer sus fuerzas. ¿Cómo había de componérselas para sostenerse y sostener á su anciano y querido padre? Nada tenía, ni un céntimo, y hasta le faltaba un triste bocado de pan. ¿De dónde había de sacar algo con que dar de comer al desfallecido autor de sus días? De pronto las miradas de la niña se posaron sobre la paloma.—«¡Pobre animalillo, exclamó, cuán bien podrías, á falta de otra cosa, servirnos para una comida y apagar por el momento los duros rigores del hambre!» Pero á la sola idea de matar á su querida paloma temblaba como un azogado: ella era al fin y al cabo la única y más fiel amiga que le quedaba en la desgracia.—«Y no obstante, añadía después de un rato de reflexión, es imposible que por un solo instante deje á mi pobre padre sin tomar algo.» En esto le asaltó una idea, la de ir á vender á su cara paloma y procurarse con el producto un poco de pan para alimentar al buen anciano

Con el corazón desgarrado y llorando amarga-

mente ante el enorme sacrificio que iba á realizar, tomó el gentil animalillo y después de haberle besado tiernamente, colocóle en un pequeño cesto y se dirigió con él á la plaza mercado. Fué ante todo á presentarlo á un mercader de aves, quien le ofreció tan escaso precio, que de nada le servía lo que sacara. Acudió á otro mercader y obtuvo igual ofrecimiento; así que sin dinero ni un mendrugo de pan en casa la desdichada muchacha se alejó del mercado con el alma lacerada y los ojos henchidos de lágrimas.

Tan afligida andaba y tan turbada que ni siquiera se fijó en un hombre de cierta edad y de semblante á la vez severo y simpático, que vistiendo un pardo levitón y llevando una escopeta en bandolera seguíala á muy breve distancia. De pronto el desconocido se acercó á ella y le dijo, con voz algo ruda, pero no desprovista de interés.

—«¿Por qué llora Vd. de este modo, bella señorita?»

—«¡Ah, caballero! exclamó la niña bajando los ojos con embarazo y timidéz, lloro porque no he podido vender mi palomita al precio que me había imaginado.»

—«Ah locuela, ahora comprendo! ¿Y eso le aflige? Sin duda habrá pedido por ella un precio desmedido, dado lo que es una ave tan común; á no ser que tenga algo de notable que aumente su valor, pues los animales, lo mismo que los hombres, pueden tener ciertas disposiciones que les distingan de entre sus semejantes de la misma especie.

«En verdad, añadió, que tenemos nosotros desmedrada inteligencia para observarles de un modo debido, ó lo que es peor ni siquiera nos to-

mamos la pena de estudiarles; sin embargo nada hay mas cierto que Dios no ha creado un solo ser que no lleve y ostente muestras indudables de la sabiduría y omnipotencia divinas.»

Al oir estas palabras el tierno corazón de la muchacha abrióse á la esperanza; y fijando en el desconocido sus dulces miradas hizo con infantil entusiasmo un largo elogio de su querida ave.

—«Está bien, dijo el hombre, pero ¿cómo se explica que amándola como decís queráis desprenderos de la palomita?»

Fridolina exhaló un profundo suspiro.

—«Ay! Tengo á mi pobre padre enfermo y no hay en casa ni un céntimo para comprar una miaja de pan: ¡Ah, caballero! Crea V. que solo encontrándome en este apurado trance ha podido ocurrírseme la idea de desprenderme de mi paloma, aunque bien sé que con ella he de perder mi último gozo y única distracción.»

—«Vaya, entonces no llore Vd., generosa niña; yo voy á comprársela, dándole promesa de no matarla, antes bien la alimentaré mientras viva: he aquí lo que puedo darle por ella.»

Y diciendo estas palabras puso un escudo en sus manos y desapareció.

Fridolina ahogó un grito de sorpresa al verse poseedora de un escudo de plata; pero euando se volvió para dar las gracias á su generoso bienhechor, sus ojos le buscaron en vano, había desaparecido.

Bricando de gozo fué á proveerse de lo necesario, sin olvidar un buen vaso de vino, de cuya refrigerante bebida se hallaba su padre privado hacía mucho tiempo. De no hallarse tan conmovida y á la vez preocupada por tan inesperada fortuna, habría echado de ver al desconocido que

la seguía desde alguna distancia observando con interés todos sus pasos: aun más, desde la ventana de su casa habría podido verle entrar á una tienda de comestibles que había al lado, á donde fué indudablemente á tomar informes acerca de ella y de su pobre padre.

Apresuróse Fridolina á disponer la comida y tuvo la satisfacción inmensa de ver que su padre comía con el mejor apetito del mundo. Con esto solo tuvo bastante para sentirse fuerte y esperanzada. Después de comer, el buen anciano durmió gustosamente un buen rato sin moverse de la silla, en cuyo momento la excelente Fridolina fué á sentarse junto á su mesita de labor para reanudar su trabajo. Pero; ¡ay! al echar una mirada en el sitio, á la sazón vacío, que hasta entónces había ocupado junto á ella la fiel paloma, su corazón experimentó un agudo golpe y una lágrima de fuego resbaló por su semblante.

Deslizaba el día, cuando la cariñosa Fridolina, oyó que llamaban á la puerta de su cuarto. Bien pronto se disipó el sobresalto que le causara la inesperada visita, al ver que el que llamaba era el benéfico desconocido del pardo leviton.

«¡Dios mío! pensó entre sí—¡Si ese hombre se habrá arrepentido de haberme pagado una paloma tan pingüemente y ahora vendrá á devolvérmela y á reclamar su escudo. La idea de que le sería imposible la devolución del dinero llenó sus mejillas de un súbito rubor.

El estrangero al notar tan repentina sorpresa, le dijo con amistosa sonrisa:

—«Vaya, vaya, señorita, no le espante en manera alguna el verme entrar en su morada. No me lleva aquí el intento de hacerle daño, sino el deseo de ver á su padre de V.»

—«Está durmiendo,» dijo Fridolina bajando la voz.

Pero el acento algo brusco del desconocido y el ruido que había hecho al entrar habían despertado al Sr. Verner.

Aquel le saludó cordialmente, estrechó su mano y tomó asiento á su lado.

—«Sr. Verner, le dijo: he pensado dirigirme á V. en toda confianza para un negocio que podrá ser para los dos igualmente ventajoso. Yo soy el mayordomo mayor encargado del cultivo, cuidado y vigilancia de los bosques que posee el conde de Velan; y aun cuando V. particularmente no me conoce, no dudo que con el trato adquirirá la firme convicción de que yo soy un hombre honrado. He tomado acerca de V. detallados informes: conozco su situación pasada, y su presente estado: sé las desgracias que ha sufrido, y los informes que me han dado invariablemente respecto de V. me han inspirado tal interés, que no me daré por satisfecho hasta tanto que haya hecho por V. todo aquello que necesite y mi situación consienta. Hablo á V francamente, y sin segundas miras El cielo me ha dado una posición desahogada; yo tengo mi casa arregladita; pero desde que murió mi esposa, los numerosos deberes anejos á mi cargo, apenas me dejan tiempo para ocuparme de mis asuntos domésticos. Mi casa necesita de una persona que sepa mantener en ella el orden y la limpieza, no haciendo penosos trabajos, sino ejerciendo una activa vigilancia sobre los criados. Y como es menester que esa persona sea buena, laboriosa é inteligente, he creido que no hallaría á nadie más á propósito que su hija de V., segun los informes que de ella se me han dado. Ahora bien:

¿quieren dar Vds. la cabezada de venirse á vivir en la campiña al lado de este vejete gruñón? A cargo de Fridolina correrá la casa; dirijirá los trabajos interiores, y en tanto podrá V. pasar á su lado días tranquilos y bonancibles, pues á Dios gracias, poseo lo bastante para poner á V. al abrigo de cualquiera necesidad.

»Y no he dicho aun todo cuanto quería decir. Como vé V. no me faltan años y no tengo parientes próximos; y si como espero, mi nueva familia me deja satisfecho, yo un día podré legarle mis ahorrillos. Reflexione V. sobre las proposiciones que acabo de hacerle: volveré dentro de ocho dias, y si están Vds. decididos á seguirme, saldremos juntos para la campiña. Pasado mañana vendrá aquí uno de mis mozos á fin de saber á qué atenerme, pues necesito á lo menos dos ó tres días para hacer los necesarios preparativos para recibir é instalar á Vds. Y á propósito, señorita, iba á olvidarme de algo. He sabido que el tendero Sr. N*** debía pagar á V. 36 francos por labores que se sirvió encargarle. Ahí los tiene V.: este tendero es uno de mis mejores amigos, y yo me encargo de saldar la cuenta, cuando regrese de su viaje.»

Sucedió á estas palabras un prolongado silencio. Tanto el padre nomo la hija bien hubieran querido responder en el acto aceptando tan ventajosas proposiciones; pero por una parte la sorpresa, y por otra la alegría y el reconocimiento sellaban sus lábios. Fácilmente el hombre del pardo levitón, pudo leer cuanto pasaba en su alma, por cuyo motivo no quiso prolongar por más tiempo su visita, despidiéndose de ellos, y estrechando amistosamente la mano del anciano.

Difícilmente pintaríamos los sentimientos que

inundaron el alma de esos dos séres tan dignos de estimación como infortunados, al ver el inesperado socorro que les deparaba la divina Providencia. Con ello adquirieron una prueba más de que la mano protectora del Eterno se extiende sobre el desgraciado precisamente en aquellos instantes en que sus miserias parecen no tener límites ni término.

Profundamente así lo sentía la buena Fridolina, y cuando hubo declarado su padre que aceptaba gustoso las proposiciones del campestre mayordomo, dirigióse al templo deseosa de dar gracias al Señor omnipotente por la misericordia é infinita bondad de que daba muestras, poniendo á su doloroso estado un término reparador.

Al tercer día presentóse un campesino al señor Verner, y después de saludarle afectuosamente de parte del mayordomo mayor, le preguntó si le convenían las proposiciones que aquél le hiciera, y si estaba dispuesto á aceptarlas. Habiendo contestado afirmativamente tanto el señor Verner, como Fridolina, el campesino palmoteó un aplauso con entusiasmo, y exclamó:

—«Bendiga el cielo la resolución que ha tomado mi buena señorita: no se arrepentirá de haber ido á parar en casa del Sr. Martín, (así se llamaba el mayordomo); yo le aseguro á V. que es el hombre más excelente que hay en el mundo; y que pasará en su casa horas muy felices. Dispónganse ustedes para la partida.»

Al mismo tiempo entregaba á Fridolina manteca, harina, huevos y algunas aves, añadiendo:

—«Ya lo saben: el sábado próximo vendré por ustedes con el coche.»

Esos cinco días pasaron rápidamente. El sábado volvió el campesino guiando un cómodo ca-

rruaje que traía enganchados dos vigorosos caballos: tomó al Sr. Verner y á Fridolina en él, cargó sus respectivos efectos, y partió con ellos para su nuevo destino.

CAPÍTULO II.

La casa del mayordomo

Al caer el día, y después de algunas horas de felíz viaje, Fridolina y su padre llegaron á la casa del Sr. Martín. Poco suntuosa era; pero presentaba muy grato aspecto hallándose enclavada en mitad de la selva, en una encantadora comarca, y rodeada de amenos jardines y verdes praderas. Entró el carruaje en un patio espacioso, en donde salieron á su encuentro varios perros ladrando. El chasquido del látigo hízoles callar en un instante. Reuniéronse los criados para dar la bien venida á los recién llegados. El mismo Sr. Martín, que se hallaba asomado en una ventana, bajó presurosamente al patio para recibirles.

—«Buenas tardes, buenas tardes, díjoles ofreciéndoles la mano. Sean Vds. bien venidos en su nueva habitación, y la paz y bendición del Señor entren en ella con Vds. El viaje les habrá fatigado: vengan Vds. á descansar y refrescarse. Mañana si Dios quiere será otro día, y yo les enseñaré la casa detalladamente.»

En efecto: el movimiento del carruaje durante todo el día había fatigado algún tanto al anciano y á su hija. Martín condujo á sus huéspedes á una estancia en donde hallaron puesta la mesa, y después de algunos momentos de descanso, se sirvió la cena. Esta fué excelente, y Martín supo hacerla

más grata, conversando agradablemente con sus huéspedes; y como había en la casa la buena costumbre de acostarse temprano, después de comer les acompañó al cuarto que tenían destinado.

La estancia era linda, y estaba cómodamente distribuída: los muebles sin ser suntuosos eran limpios y decentes, y Fridolina no se cansaba de contemplarlos rebosando satisfacción. Pero, ¡cuál no sería su sorpresa al notar que había sobre una cómoda una bonita jaula! Acercóse á ella, y vió... á su querida paloma.

La muchacha lanzó un grito de alegría, y el ave, reconociendo al instante la voz de su querida dueña, lanzóse fuera de la jaula, que se hallaba abierta, revoloteó un instante, posose sobre el hombro de Fridolina, y con sus arrullos, su aleteo y sus continuadas caricias expresó la alegría que le causaba el inesperado encuentro.

La buena Fridolina estaba encantada. Fué aquella una escena conmovedora. Después de haber dirigido á Dios una fervorosa oración en acción de gracias, y de haber implorado con vehemencia las bendiciones celestes sobre su generoso protector, entregóse al descanso, y halló un sueño delicioso que le hizo olvidar todas sus pasadas amarguras.

Al día siguiente, antes de amanecer todo el mundo se hallaba de pie, en la casa del mayordomo. Fridolina se vistió en un salto y fuése al encuentro del Sr. Martín, que la estaba aguardando, así como á su padre, para tomar el desayuno.

Después acompañó á la nueva ama de casa á visitar la cocina, la bodega, los guarda-ropa, el patio, la huerta y los jardines, confiriéndole la

dirección de la casa, y poniendo á los criados á sus órdenes.

En el jardín, plantado de numerosos árboles frutales, y adornado de hermosísimas flores, experimentó la buena Fridolina un placer indescriptible, recordándole la buena posición en que se hallaba en los primeros años de su infancia. Allí prometióse firmemente no perdonar sacrificio para satisfacer cumplidamente al digno bienhechor que acababa de arrancarla á los horrores de la miseria.

Con su nueva vida, comenzó para el Sr. Verner y su hija una nueva era de dicha y de ventura, sin que el excelente Sr. Martín tuviera que arrepentirse un instante de la elección que había hecho, pudiendo confiarse por completo á la exactitud, inteligencia y actividad de la nueva ama de su casa. Esos tres seres virtuosos á cual más, no cesaban de regocijarse por la felicidad que alcanzaban; pero ¡ay! todo tiene en el mundo sus vicisitudes; y ya es sabido que este mundo es un sitio de prueba en donde no hay ventura duradera. El Señor, en sus inescrutables designios, solo concede la eterna recompensa de las virtudes en el reino celestial.

Dorotea.... Pero antes de seguir adelante, es necesario que mis lectores traben conocimiento con otra joven muchacha, cuyas aventuras á tan grave influencia están llamadas sobre la suerte de la buena Fridolina.

CAPÍTULO III.

Dorotea.

Por aquellos tiempos vivía en Hamburgo un comerciante llamado Guillermo Sandis, el cual debía á sus extensos negocios una fortuna brillantísima. Todo el mundo encomiaba su probidad y pasaba su casa por una de las más sólidas. Sus considerables riquezas le permitían llevar un tren brillante y dar expléndidas y frecuentes fiestas sin que de ello sufriesen sus negocios. Este comerciante tuvo una hija, á quien pusieron el nombre de Dorotea. Al verse padre la alegría de Guillermo no tuvo límites. Pero poco tiempo después una enfermedad mortal le arrebató á su querida esposa. Desde entonces lo excesivo de sus dolores solo pudo compararse con la perdida alegría; y como desde su más temprana juventud había vivido sin acostumbrarse á la desgracia, tal vez hubiera acabado por sucumbir á la desesperación, si sus múltiples negocios no le hubiesen distraído, poniendo un saludable lenitivo á la desgracia experimentada. Desde entonces cifró todo su cariño en su hija única; y precisamente se debió á un tan exagerado afecto la causa principal de la suerte de Dorotea.

Nada más puro y delicioso hay en verdad como el lazo del amor paterno y filial con que el Creador ha envuelto nuestras almas. Pero como

quiera que el abuso puede convertir en peligroso veneno el mejor medicamento, del mismo modo puede llegar á ser perniciosa la ternura paternal si traspasa los límites de lo justo y razonable. Si un jardinero, por un exceso de cuidado, riega sus flores con desmedida abundancia, el riego no las refresca ni suaviza: las plantas sacan abundantes renuevos y pierden de fijo sus perfumes, belleza y lozanía. Los niños son como las plantas: su educación exige continuos y bien entendidos cuidados, si no se quiere corromper en ellos el germen de las buenas cualidades. El medio mejor de desarrollar y bien dirigir esos preciosos gérmenes consiste en inculcarles desde su edad más tierna los santos principios de nuestra religión que depuran y vivifican el corazón y el espíritu. Tienen pues los padres el ineludible y sagrado deber de educar á sus hijos en esos piadosos principios.

Desgraciadamente esto no sucedía en casa de Guillermo. Este caballero tuvo la debilidad de dejar á su hija desde la edad más tierna un exceso de perniciosa libertad, y después en vez de dirigir por sí mismo la educación de la niña y rectificar el mal producido anteriormente, tuvo el fatal acuerdo de confiarla á una aya, la cual notando desde el primer momento la excesiva ternura que demostraba tener el padre por su hija, lejos de atreverse á corregir las nacientes faltas de Dorotea, puso por el contrario todo su empeño en halagar á una tan rica heredera, y á fomentar sus malas inclinaciones.

Así obraba el imprudente Guillermo, quien muy lejos de moderar las inclinaciones de su hija y de corregir sus faltas, aplaudía por el contrario sus deslices, pretendiendo que eran seguro

indicio de una inteligencia precoz y de un carácter festivo y travieso.

Cuando tuvo Dorotea más edad confióse su educación meramente recreativa á algunos profesores á propósito; y no tenía su padre otro encanto que verla bailar con gracia ú oirla cantar con expresión acompañándose del arpa, ó recitar algunos párrafos de ciertos libros nada convenientes para la juventud. En aquellos momentos llegaba á imaginarse que su hija era un verdadero génio. En cuanto á instrucción religiosa apenas se pensaba en ello. Así fué que al trabar conocimiento íntimo con otras jóvenes de educación semejante á la suya, al verse rodeada de un enjambre de adoradores que encarecían sus gracias y admiraban su belleza, agostáronse en su corazón los gérmenes de la virtud; y fué Dorotea el alma de las tertulias ruidosas, asistió á todos los bailes, frecuentó toda clase de espectáculos y como quiera que su embobado padre nada sabía rehusarle, antes bien la alentaba con ricos y frecuentes regalos, su inclinación á la coquetería y á un lujo desmedido no conoció ya límites.

Abandonada á sí misma de esta suerte y dueña de sus voluntades, en una edad en que hubiera debido aprender á acomodar su voluntad á otra más sábia, la joven Dorotea tan amable y encantadora en sociedad, se convirtió en el azote de su casa. Sus caprichos eran su regla, su humor inaguantable con frecuencia; mandaba á los criados con altanería y hasta llegaba á maltratarlos; mas nadie osaba chistar, porque los sirvientes de casa Guillermo estaban muy bien pagados y el padre hubiera despedido al momento á quien hubiese osado resistir á su hija; sometíanse, pues, á sus despóticas exigencias por no perder una buena

colocación. En suma, la educación de la joven había sido muy descuidada y todo contribuía además á fortalecer sus malas inclinaciones, á fomentar sus más perjudiciales pasiones y á llevarla así á grandes pasos á una perdición segura.

En las oficinas de Guillermo había entonces un dependiente joven llamado Roberto, que tenía mucho talento, pero que, en vez de aprovecharse de este don del cielo, llevaba una conducta desordenada, frecuentaba las reuniones de los libertinos, perdía en el juego su salario y arruinaba su salud. Ya muchas veces Guillermo, después de haberle reprendido tan cuerda como vanamente, había estado á punto de despedirle; mas como Roberto sabía ser útil con su trabajo, tomaba aun paciencia y le retenía. ¡Ojalá aquel infeliz padre de familia hubiese pensado más pronto en deshacerse de un mal servidor y reemplazarle con otro dependiente, tal vez menos hábil, pero más probo! Muchas desgracias y disgustos hubiera evitado, según veremos luego. Aquel joven trató de hacerse simpático á la hija de su principal, y lo logró. La imprudente Dorotea no se paraba absolutamente en las costumbres y conducta de Roberto; bastábale ver que tenía buena figura, un físico agradable, elegante vestir y divertido é ingenioso decir en sociedad. Pronto sintió inclinación hacia él, y Roberto, que lo conoció, quiso sacar partido. Predigábale sus adulaciones, y le prestaba novelas. Pronto se formó entre ambos una amistad que tuvo las más funestas consecuencias, y que ocultaron al padre con gran cuidado; pues jamás hubiera consentido Guillermo en dar á su hija única, heredera de una casa opulenta y respetable, á un joven libertino arruinado por deudas. Cuando los hijos tie-

nen secretos para sus padres, fácilmente corren á su perdición, pues se privan de los consejos y del apoyo de sus mejores amigos; y luego, como una falta ocultada trae otra que se quiere ocultar también, así mismo se vuelven atrevidos para el mal, ya no se detienen, se llega al borde del precipicio, y se acaba por caer en él. Roberto, creyendo que debía proporcionar á Dorotea toda suerte de diversiones, á escondidas de su padre, la llevaba algunas veces al teatro y le hacía regalos; como su salario no bastaba á sus gastos, el miserable pensó resarcirse acudiendo á la caja de su principal; empezó pues, por sustracciones de poca entidad, mas poco á poco fué aumentando hasta llegar á cantidades de consideración.

Aquellos hurtos no pudieron pasar mucho tiempo desapercibidos; Guillermo llegó á descubrir su autor, y se contentó con echarle ignominiosamente. Sin embargo, Dorotea, en vez de compadecerse de su padre por las pérdidas que acababa de experimentar, no hacía más que acusarle, le hallaba injusto y avaro y le echaba en cara interiormente el no haber dado á Roberto un salario suficiente y proporcionado á sus servicios, y haberle así obligado á suplir á ello por sus propias manos.

A tales razonamientos indignos contra las personas más respetables suelen entregarse aquellos que, una vez se han separado de los principios de la religión y de la virtud para enredarse en el laberinto del vicio. Sea para nuestros lectores la historia de Dorotea un ejemplo elocuente, y enséñeles como con esta funesta manera de ver las cosas, nos envilecemos cada vez más hasta llegar á criminales consumados. Entonces se ve, aunque demasiado tarde por desgracia, la importancia

de las primeras faltas, se cae herido del justo rigor de las leyes y agobiado de desprecio y remordimiento.

Como hemos dicho, Dorotea estaba lejos de censurar al culpable dependiente: la pasión había de tal modo fascinado su espíritu y depravado su corazón, que le compadecía por haber caído en desgracia de su padre, y mantenía con él secreta correspondencia. Roberto tuvo todavía la indignidad de abusar de su debilidad, y lo hizo tan bien, que, cediendo á sus insinuaciones y falaces promesas, la insensata joven se decidió á abandonar la casa paterna para huir con su seductor. Como esta historia está destinada á servir de enseñanza, no omitiré ninguna circunstancia conveniente. Roberto había sabido adquirir un imperio absoluto en el corazón de Dorotea, la gobernaba como quería; no la amaba el infame, pero había resuelto vengarse de Guillermo perdiendo á su hija.

Después de haber convenido con ella en el plan de su fuga, la persuadió de que se llevara todas sus joyas y el cofrecito de su madre además de la caja de su padre. «Por otra parte, le dijo, las joyas y el cofrecito son propiedad tuya; y por lo que toca al dinero, lo necesitamos para ir á América, donde tengo un tío inmensamente rico y que me aguarda mucho tiempo ha. Nos recibirá con los brazos abiertos y nos pondrá pronto en estado de poder enviar á tu padre doble cantidad de la que no podemos dispensarnos de tomarle hoy para pagar nuestros gastos de viaje; esto no es más que una cantidad que le tomamos á préstamo » Ya veis con que finura se maneja el vicio para lograr sus intentos y enredar á sus víctimas. La ligera Dorotea creyó fácilmente todas

las mentiras que le iba propinando la seductora serpiente. Hubiese á lo menos consultado á una amiga sincera, pues le habría descubierto sus peligros! en vano la voz de la conciencia violentamente ahogada, probaba hacerse oir; Dorotea no la escuchó, solo se fiaba de su Roberto: robó audazmente á su padre, luego abandonó la casa

furtivamente, embarcóse con su seductor é hízose á la vela para Inglaterra.

Fué un golpe terrible para Guillermo. Aquella ingratitud de una hija á quien había tanto amado, dejó en su corazón una honda llaga. Todas sus investigaciones fueron inútiles; nada pudo descubrir y la pesadumbre fué minando su salud de día en día. Para colmo de desgracias, naufragó un buque suyo que regresaba de las Indias

con rico cargamento. Esto desordenó sus negocios y el ánimo, la actividad por cuyo medio habría podido reponerse, fueron reemplazados por un profundo fastidio y poco después murió lleno de pesares y deplorando su debilidad con la hija que era la causante de todos sus infortunios.

Apesar de todo, el infeliz padre legó en testamento á su hija toda su fortuna. Mas, en medio de la turbación de su ánimo, ni siquiera sabía cual era el estado de sus negocios; después de su muerte sus acreedores cobraron con gran trabajo lo que les debía y lo demás se lo llevaron los gastos de justicia.

Así se consumó, por la falta de la hija culpable, la ruina de una de las más opulentas y respetables casas de comercio de Hamburgo.

CAPÍTULO IV.

La calumnia.

ROBERTO, según hemos visto, se había embarcado con Dorotea y navegaba hacia Inglaterra. Había calculado que en la inmensa capital de aquel país podrían fácilmente ocultarse con nombres supuestos; y luego la rica y populosa ciudad le ofrecía muchos y variados placeres que se avenían muy bien con sus inclinaciones al fausto y á la disipación. Mucho se complacía también Dorotea, y estaba lejos de instar á su marido (pues se había casado con Roberto luego que estuvieron en Lóndres), para emprender el proyectado viaje á América. Ella misma tomaba voluntariamente parte en sus placeres, por costosos que fuesen, y así ambos se arrojaron en un torbellino de goces, sin atender en lo que bajaban sus fondos de día en día. Por fin, Dorotea fué la primera en salir de tan larga embriaguez: formuló sus quejas, pero fué maltratada. Entonces reconoció cuán imprudente había sido en haber escuchado las sugestiones de Roberto, y haber abandonado á su padre. Sin embargo su arrepentimiento ni era profundo ni constante, pues su corazón estaba muy apegado á Roberto, y el gusto por los placeres la dominaba demasiado para que pensase seriamente en el porvenir.

Mas cuál no fué su espanto, cuando una noche vió entrar precipitadamente á Roberto, con el

semblante demudado, y pálidos y temblorosos los lábios. «Dorotea, exclamó; es menester marchar al instante, ó grandes desgracias nos aguardan.»

Era el caso que Roberto había caído en manos de una cuadrilla de jugadores y petardistas. En Lóndres, como en todas las ciudades populosas, hay salones brillantes, refugios comunes de aquellos miserables como Roberto, y de los cuales la imprudente juventud sale á menudo para ir á acabar sus días en el robo ó el suicidio. Roberto lo había perdido todo en el juego; se había trabado de palabras con los bandidos que le estafaban y despojaban, y á duras penas se había escapado de sus amenazas. «Marchemos, cuanto antes, repitió; tienes el cofrecito de tu madre, aun intacto y que mucho vale, salvémoslo.»

Dorotea lloraba retorciéndose las manos; Roberto recogió apresuradamente vestidos, lienzos, dinero y cuanto poseían, pagó al dueño de la fonda y subió con Dorotea á un coche que los llevó al puerto. Encontraron un buque pronto á zarpar para las costas de Alemania; subieron á bordo y, después de una corta travesía desembarcaron en Lubeck, puerto de mar poco distante de Hamburgo. Dorotea se extremeció al verse tan cerca de su ciudad natal, donde no osaba presentarse ya. ¿Qué hacer, sin embargo? Incapaz de reflexionar sériamente, dejábase á ciegas gobernar por Roberto. Este perverso, en vez de cambiar de conducta, siguió en Lubeck el mismo modo de vivir que en Lóndres. No tardó en descubrir las reuniones de los libertinos y jugadores con quienes trabó íntimas amistades. Pasaba á menudo con ellos noches enteras. Cuando Dorotea le hacía alguna observación, acogíala muy

mal: su conducta fué cada día más brutal y grosera. Entonces reconoció la infeliz, bien que demasiado tarde, la enorme falta cometida al aficionarse á aquel hombre; y al verse indignamente engañada, se abandonó á la tristeza y á la más amarga pesadumbre.

Un día, Roberto partió de improviso, sopretexto de un viaje que les prometía un felíz porvenir y para cuyos negocios necesitaba algunas semanas. Tanta era su desavenencia que Dorotea se alegraba de la ausencia de su marido.

Al verse sola y dueña de sus actos, solo pensaba en divertirse, pero le faltaba dinero. Bien hubiera querido acudir á su rico cofrecito, mas no se atrevía por temor de exponerse á los malos tratamientos de su marido. Sin embargo, su inclinación á las diversiones y la falta de recursos acabaron por hacer que se decidiese á ello. Después de haber vendido algunos objetos, resolvió vender también el cofrecillo; mas para hacerlo sin exponerse á la venganza de su marido, imaginó un recurso cuyas funestas consecuencias se hallaba lejos de prever.

A la sazón iba á menudo á casa de un tendero de novedades bien provisto. Era precisamente aquel por quien había antes trabajado Fridolina. De poco tiempo á aquella parte había trasladado su establecimiento de Hamburgo á Lubeck. Llamado á esta ciudad por el conde de Vellau, Martín, que debía pasar allí más de un mes para redactar un nuevo plan de la administración florestal en que su amo se ocupaba con él, se había hecho acompañar por Fridolina, y ésta iba frecuentemente á casa el tendero de novedades para comprar varios objetos con los bordados en que se entretenía en sus horas libres. Enamorada del

buen gusto y riquezas de estas bagatelas, Dorotea, que pensaba crearse para el porvenir algún medio de subsistencia, propuso á Fridolina, á quien encontró en la tienda, que le diese lecciones de un arte en que era tan diestra. Consintió la buena Fridolina; obtuvo el permiso de Martín, y cada día pasaba algunas horas en casa de su discípula.

Ningun progreso había hecho Dorotea todavía, y se proponía vender el cofrecillo, cuando recibió de su marido una carta ordenándole y mandándole con amenazas que le enviara al instante su valor. Decíale que le había escapado el negocio por el que había partido, que la colocación, tan segura sin embargo, le había fallido, que había contraído deudas y se hallaba en suma necesidad, y que si no recibía una respuesta pronta y satisfactoria, iría él mismo y sabría hacerse obedecer. Aquella letra fué una puñalada para el corazón de Dorotea... Verse obligada á sacrificar á aquel mónstruo el único recurso que había conservado, y esto para sostenerle en sus desórdenes y luego verse obligada á mendigar su pan! No, no podía resolverse á ello. Mas ¿cómo negarle aquel sacrificio? ¿cómo sustraer á su rapacidad el último tesoro que le quedaba?... Preciso era obrar pronto, pues el impaciente Roberto, cumpliendo con sus amenazas pronto llegaría y no retrocedería ante ningún medio de satisfacer su venganza y su codicia.

Tomó, pues, Dorotea una resolución desesperada para impedir que Roberto derrochase también lo que valía el cofrecillo; tal resolución, cuyas consecuencias no calculaba, no podía por otra parte concebirla sino un corazón tan corrompido como el suyo.

Al día siguiente Fridolina fué según costumbre á darle lección. Viendo á Dorotea triste y pensativa, entra en conversación con ella. Dorotea deja escapar algunas palabras sobre la penosa situación en que se halla, sin nombrar con todo á su marido, luego enseña á Fridolina el cofrecillo de sus joyas, y hace que las examine una á una. Fridolina se maravilla á la vista de tales objetos; Dorotea los vuelve á colocar en el estuche y luego en el armario de donde lo había sacado, pero sin cerrarlo de nuevo.

En aquel momento llaman á la puerta de la calle; sale Dorotea y permanece largo tiempo fuera, mientras que Fridolina sola en el cuarto, trabaja asíduamente sin soltar su labor. Vuelve á entrar por fin Dorotea, se excusa con Fridolina, habla amistosamente con ella, y abrazándola en seguida la acompaña hasta el pie de la escalera.

Apenas había andado algunos pasos Fridolina para regresar á su casa, cuando la sorprendió una copiosa lluvia que la obligó á refugiarse durante más de una hora en la entrada de una casa. Un viento glacial que soplaba con violencia no le permitió permanecer allí más tiempo; apresuróse á pesar de la lluvia que caía aun á dirigirse á casa, donde al entrar en su cuarto pudo mudarse los vestidos, pues los llevaba empapados en agua. Como todo el día se había encontrado indispuesta, procuró arreglar pronto la cena y acostarse. El calor de la cama le fué muy bien y un dulce sueño empezó á cerrar luego sus párpados. ¡Ay! ¡no presentía cuán terrible había de ser su despertar!

Dos horas después de la salida de Fridolina, había recibido Dorotea la visita de una vecina;

la conversación versó sobre muchos puntos y al fin se habló de joyas. Dorotea quiso enseñar las suyas á aquella señora que pretendía entender en ellas; abrió el armario para sacar el cofrecillo, y no lo encontró. Buscólo largo rato con terrible ansiedad, volviólo y revolviólo todo; ayudóle la señora en sus pesquisas, pero en vano: el cofrecillo había desaparecido... Dorotea estaba desesperada y lanzando espantosos gritos, arrancábase los cabellos y movía tal alboroto, que acudieron todos los vecinos para ver de qué se trataba. El robo era patente; pero ¿á quién atribuirlo? nadie, sino Fridolina, había entrado y quedado sola en aquel cuarto. La misma Dorotea protestaba en voz alta que era imposible que aquella joven se hubiese hecho culpable de semejante falta; pues conocía demasiado, decía, su alma pura y candorosa. Pero la cosa había ya sonado: algunos inquilinos oficiosos fueron á buscar al comisario, que instruyó proceso verbal, en el cual continuó una descripción exacta y detallada de los objetos robados.

Cuando Martín, el forestal, al volver á casa, notó que la buena Fridolina se había acostado, por no despertarla caminó de puntillas, se sirvió él mismo su cena, y se puso á trabajar en el registro de la administración. A su alrededor todo se hallaba silencioso y tranquilo, cuando de repente oyó barullo en la calle: llaman á su puerta, que abre enseguida, y ve entrar al magistrado acompañado de tres agentes y muchos gendarmes. Martín les preguntó el motivo de la visita, rogándoles no hicieran ruído para no despertar á Fridolina. Mas ésta se había despertado ya, y dirigía á su alrededor miradas de espanto y de sorpresa. El magistrado anunció en tono

seco y breve el motivo de su presencia, pero Martín sacudió la cabeza sonriendo, y respondió que la buena y cariñosa Fridolina era incapaz de tal acción; mas el magistrado no pudiendo contentarse con tal testimonio, dispuso en seguida un minucioso registro: buscaron pues en el cuarto y lo revolvieron todo de arriba abajo. Fridolina, que en el interin habíase calmado un tanto, como posible le era en situación tan crítica, se había apresurado á ponerse al lado de Martín, quién, á pesar de su firme confianza en ella, se hallaba con todo fuertemente agitado: echóse á su cuello llorando, y se esforzaba en animarlo protestando de su inocencia. Habían ya registrado todo el cuarto con la más escrupulosa atención sin haber podido encontrar cosa alguna sospechosa, cuando al fin el magistrado miró otra vez el vestido mojado y el delantal de Fridolina, que ésta había colgado á su llegada para hacerlos secar; examinólos de nuevo, y metió la mano al bolsillo del delantal. «¡Oh! exclamó de repente, ¡ya lo tenemos!» y sacó una sortija de diamantes, exactamente descrita en el proceso verbal instruído en casa de Dorotea. La pobre Fridolina lanzó un grito de espanto y cayó en una silla. Martín estaba también á punto de desmayarse; y le tendieron en una cama donde sin poder articular palabra, dirigía á su alrededor miradas de consternación y de pasmo. El comisario, después de haber otorgado á Fridolina un momento de respiro, se puso á preguntarla sobre las circunstancias del robo, que, según él, era patente, y le preguntó donde tenía escondidos los demás objetos.

Quiso defenderse, mas el temor le había de tal suerte desconcertado que no pudo pronunciar

«¡Oh! exclamó de repente el magistrado, ¡ya lo tenemos!» y sacó una sortija de diamantes, exactamente descrita en el proceso verbal instruído en casa de Dorotea.

una palabra; sus rodillas temblaban y su rostro estaba cubierto de mortal palidez. Todo esto era á los ojos del comisario indicios de culpabilidad. «Bien, dijo, bien, de nada le servirá su obstinado silencio; aquí está la sortija robada, no necesitamos otra prueba, durante los debates del proceso hallaremos el medio de hacerla hablar. Vamos, seguidnos á la cárcel.» A estas palabras gritó fuertemente la infeliz, retorcióse las manos, echóse á los pies de Martín, abrazando sus rodillas é invocando su protección: el anciano se inclinaba silencioso hacia ella, mas sus fuerzas estaban agotadas. Volvió á caer en el sofá y quedó dolorosamente callado. Cogieron á Fridolina y se la llevaron: y como no tenía realmente fuerzas para andar, metiéronla en un carruaje y la llevaron á la cárcel. La pobre joven pasó una noche horrible presa de las más fuertes convulsiones. El día siguiente se sintió tan mala que, en vez de pasar á interrogarla, hubo que encargarla á los cuidados de un médico.

Al otro día Martín, habiéndose reanimado con fervorosa oración, fué ante todo á ver á Dorotea, la cual sorprendida por este paso, le recibió visiblemente turbada. Hablóle Martín de la inocencia de Fridolina con tanto calor, que se conmovió Dorotea, derramando un torrente de lágrimas. Aquel buen hombre era poco político en sus maneras para saber ocultar sus sospechas. Entonces Dorotea volvió á tomar su aspecto anterior, y aun apareció fría y ofensiva: Martín, se retiró con un semblante que la hizo temblar.

Presentóse en seguida en la cárcel y pidió ver á Fridolina, pero no se lo concedieron; los mis-

mos jueces se hallaban demasiado ocupados para darle audiencia.

De allí se fué á casa del conde de Vellau, donde halló la orden de recorrer durante muchos días otro distrito por intereses de la administración. Dicha ausencia forzosa en aquellas circunstancias le contrariaba mucho; jamás deber alguno de su cargo le había parecido tan penoso.

Sometióse empero, no sin haber expuesto al conde todo el asunto y haberle rogado con las manos juntas protegiese á Fridolina y fuese á ver al presidente del tribunal para disponerle en favor de aquella desgraciada joven. Era el conde sujeto de excelente carácter; todo lo prometió; pero era joven y amigo de los placeres; así fué que pronto se olvidó de la pobre Fridolina.

CAPÍTULO V.

Hallazgo del cofrecillo.

Hacía tres días que la desdichada Fridolina padecía una horrorosa calentura; mas gracias á los cuidados del médico y de Sabina, la anciana carcelera, llegóse á dominar la violencia de la enfermedad. Era Sabina una buena anciana, de corazón excelente: la angelical dulzura de Fridolina la había prevenido en favor suyo. Su piedad, su resignación en aquella espantosa desgracia, eran pruebas inequívocas de su inocencia, pero solo para los corazones dispuestos á la benevolencia, para el Omnipotente que conoce todas nuestras acciones y pensamientos, mas no para el juez, que solo se decide segun las leyes judiciales. En vano el médico y Sabina hablaron en favor de la presa; era imposible separarse de la letra de la Ley.

Fridolina sufrió diferentes interrogatorios, protestó de su inocencia, mas sin poder probarla. La sortija hallada en el bolsillo de su delantal la acusaba. Fridolina refirió sinceramente todas las circunstancias; preguntáronle si suponía en Dorotea alguna intención maligna: confesó que nada desfavorable había conocido en ella. Quisieron saber cuando había salido Fridolina de casa de Dorotea y cuando había regresado á la suya. Había más de una hora de intérvalo: ¿dónde había estado durante aquella hora? Para ponerse á

cubierto de la lluvia, se había refugiado en la entrada de una casa, pero no recordaba cual: ¿era esto un subterfugio? Los rasgos de su fisonomía expresaban candor é inocencia, ningún reo contestando á sus jueces hubiera hablado con tal modestia y calma. Los corazones de todos los circunstantes absolvían á la pobre joven, mas la letra impasible de la Ley no podía convenir con ellos.

Sin embargo el público no tenía muy buena opinión de la vida y de la conducta anterior de Dorotea y de su esposo: decidióse pues tomar informes más positivos acerca de la moralidad de ambos. Mas habían transcurrido varias semanas desde el arresto de Fridolina, y cuando el juez demandó á Dorotea, se supo que al siguiente día de la visita que le había hecho Martín el forestal, había tomado secretamente pasaporte y partido para Holanda. Por otra parte muchos testigos afirmaron unánimemente haber visto el cofre de las joyas y entre ellas la sortija hallada en el bolsillo de Fridolina: el robo pues estaba probado, y todos los indicios eran contra Fridolina.

El tribunal convencido á medias juzgó necesario acudir á medidas más enérgicas para obtener la confesión de la detenida. Interrogáronla aun muchas veces, y como naturalmente persistía en protestar siempre de su inocencia, amenazáronla con el tormento, que todavía estaba en uso, y tuvieron la cruel precaución de mostrarle de antemano sus terribles instrumentos. Aquella vista fué ya una prueba que Fridolina no pudo soportar. Todo su organismo se conmovió de tal modo, que cayó de nuevo peligrosamente enferma. Durante aquel tiempo el tribunal de Lubeck escribió al de Amsterdam, á donde había ido Do-

rotea, que inquiriese judicialmente lo conveniente para poder comprobar la culpabilidad ó inocencia de Fridolina. Es preciso decir en honor de los jueces de la misma, que nada perdonaron para endulzar en lo posible la triste situación de la infortunada.

Durante todos aquellos trámites pasaron muchas semanas, y la pobre cautiva permanecía confiada á los cuidados de la buena carcelera Sabina. En tan terrible infortunio su más firme, su único consuelo le venía de sus creencias religiosas: sus fervorosas oraciones le daban valor bastante para no sucumbir á sus padecimientos, y su inquebrantable confianza en la infinita misericordia de Dios le impedía sucumbir á sus tristes pensamientos. Desde que así sentía fortalecida su alma, dedicaba gustosamente algunos instantes á disfrutar de la compañía de la buena Sabina. Esta buena anciana figurábase ser una digna descendiente de Hipócrates; tenía una multitud de recetas y remedios caseros para todas las enfermedades posibles y se complacía en darlos gratuitamente á todos sus conocidos: su mayor dicha consistía en creer que había curado una enfermedad, la que tal vez con ayuda de la naturaleza se hubiera curado por sí misma. En estos tiempos las leyes prohiben tales ensayos: mas entonces estaban muy en uso los remedios secretos y el creer de un modo supersticioso en la virtud de ciertos amuletos, etc. Una sola cosa había que no podía negarse á Sabina, y era el talento de saber componer—segun la receta, es cierto de un verdadero médico muerto desde mucho tiempo—un excelente ungüento para fortalecer la vista. Tuvo el gusto de ofrecer la receta á Fridolina quien aceptó tanto más gustosa tan preciosa re-

ceta, en cuanto nunca dejaba pasar ocasión alguna de adquirir nuevos conocimientos.

Mas ¡ay! las pequeñas distracciones que le proporcionaba su intimidad con la buena Sabina debían tener fin. Llegó un informe del tribunal de Amsterdam del cual resultaba que Dorotea, habiendo sido llamada á comparecer había hecho una declaración absolutamente conforme al proceso verbal de Lubeck. Dorotea había sostenido obstinadamente que á nadie sino á Fridolina podía atribuir el robo. No quedaba pues otro recurso al tribunal de Lubeck, según la costumbre bárbara de aquel tiempo, que arrancar la confesión á la acusada por medio del tormento. Hiciéronla comparecer otra vez y le dieron tres días para pensarlo, antes de sujetarla á las más atroces torturas. Los lectores me dispensarán el describirles la horrible situación de la pobre Fridolina, y todos la tendrán compasión.

Sucedió pues que á la sazón dispusiera el conde de Vellau los preparativos de una brillante fiesta para celebrar el cumpleaños de su tía. Desde mucho tiempo estaba discurriendo cuál sería el regalo que más pudiese gustar á la que desde su infancia le había hecho de madre, y conociendo cuanto le agradaban las joyas, decidió por fin á ofrecerle un magnífico cofrecillo. Pasó al intento á casa de Abrahan, uno de los más famosos joyeros de la ciudad vecina y muy reputado generalmente por su lealtad y probidad, y le manifestó sus deseos. «Señor conde, le dijo Abrahan, si quiere V. comprar algo que sea hermoso y raro, le invito á comprar este cofrecillo que le presento en el cual hay un aderezo completo de diamantes de superior calidad, solo le falta una

sortija, pero yo me comprometo á fabricarle una que hará perfecto juego.»

El conde lo examinó: las joyas le gustaron sobre manera; el precio era razonable y así pronto estuvieron conformes: pagó el conde el importe, junto con el de la sortija que debía entregársele, y regresó á casa completamente satisfecho de su viaje. A la mañana siguiente recibió una visita del forestal que volvió de su excursión. Al verle fué cuando se acordó de la promesa que le había hecho de proteger á Fridolina, y su corazón le echó en cara aquel olvido. Mas de repente como herido de un rayo de luz, preguntó al forestal si sabría recordar bien las señas de las joyas robadas cuyo proceso verbal le habían leido, y habiendo dicho que sí, el conde le enseñó el cofrecillo: era evidentemente aquél con cuyo robo se ocupaba la justica.

El conde vivamente agitado, llamó con la campanilla, dió orden de preparar á toda prisa el carruaje, subió á él con Martín y se hizo llevar aceleradamente á casa del joyero. La precipitación con que vió éste entrar al conde le dejó sorprendido. «Abrahan, le dijo el conde, se le tiene á V. generalmente por persona honrada, y así dígame sinceramente cómo adquirió este cofrecillo.

—Ciertamente, contestó Abrahan con calma, lo compré á una señora joven.

—¡A una señora joven! repuso el conde, reprimiendo apenas un doloroso suspiro y lanzando una mirada á Martín, que temblando, se mantenía á su lado.

—¿Conocería V. á la fulana, replicó el conde, si se la presentaran?

—Sí por cierto; fuí á su casa, y me aseguró mediante documentos de que tales joyas le per-

tenecían y podía venderlas; y aun le exigí una escritura de venta, que aquí está.» Y sacó de su escritorio un documento firmado: *Dorotea Sandis.*

Martín levantó ambas manos al cielo, gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas, y el conde informó al joyero de los pormenores del nego-

cio. Abrahan se ofreció al instante para presentarse con ellos al tribunal. «Ni un minuto hay que perder, dijo, cuando se trata de justificar á un inocente.» Diciendo esto vistióse aprisa, subió al coche con Martín y el conde, y los tres se dirigieron al tribunal.

Al momento de subir la escalera encontraron á Fridolina, escoltada por arqueros que la llevaban al cuarto del tormento... «¡Alto! por el cie-

AJUNTAMENT DE BARCELONA
Museu del Llibre i de les Arts Gràfiques

lo ¡alto! ¡es inocente!» exclamó Martín. La desgraciada conoció la voz. Martín se abalanzó hacia ella para abrazarla, y ella cayó desmayada. La amable Sabina acudió al instante. «Traemos las pruebas de su inocencia, dijo el conde de Vellau, yo me hago responsable de todo; llevadla á su cuarto.» Lleváronla á la cama y nada perdonaron para hacerla volver en sí. Martín no se apartaba de su cabecera y ayudaba á la buena Sabina á propinarle sus remedios caseros.

Entretanto el conde de Vellau y Abrahan se habían dirigido al cuarto del juez; dejaron allí el acta de la venta y el cofrecillo y la sortija, que faltaba, que guardaba el tribunal, fué cotejada con el resto de las joyas, y hallada completamente conforme. Para el conde quedaba probada la inocencia de Fridolina; sin embargo había una circunstancia que no estaba bastantemente aclarada á los ojos de la justicia: ¿cómo había ido á parar la sortija en manos de la presa? ¿no podía cuando menos haber robado dicha joya? En todos los interrogatorios había dicho que no podía dar explicación alguna; mas esto no podía aceptarse como justificación suficiente. Solo Dorotea, que se hallaba ya entonces complicada en el proceso, podía dar las aclaraciones debidas. De ahí nuevos exhortos al juzgado de Amsterdan. De modo que el asunto podía durar mucho tiempo, y la pobre Fridolina quedar entretanto en estado de prisión preventiva. El noble conde no podía soportar tal idea; é impaciente por volverla á la pacíficaa morada del forestal, pidió su libertad provisional y prestó fianza por ella.

«Obra V. noblemente, señor conde, dijo Abrahan; mas permítame V. seguir su ejemplo. El cofrecillo debe quedar depositado en el tribunal

hasta la terminación de la causa, aunque no se me pueda disputar mi derecho de legítimo comprador: no quiero que el señor conde se vea privado de la satisfacción de ofrecer su regalo á su tía en el día de su fiesta, y le daré otro cofrecillo no menos hermoso aguardando que le devuelvan el suyo, y entonces volveré á quedarme con el mío. Pero la sortija que tanta desgracia ha causado á esa infelíz le toca en buen derecho y la guardará como elocuente recuerdo de la maravillosa ayuda de Dios.»

Tan generosa oferta fué aceptada y agradecida con toda la admiración que merecía; el conde de Vellau, firmó el acta de fianza y se otorgó á Fridolina su libertad provisional.

Sin embargo, gracias á los solícitos cuidados de Martín y Sabina, la pobre joven recobró el uso de los sentidos. Su primera mirada se fijó en el anciano forestal y luego en el cielo, y una ardiente lágrima se desprendió de sus ojos: «¡Oh Dios de misericordia, dijo suspirando y juntando las manos. Vos solo sabéis que soy inocente del crimen de que me acusan!... ¡Oh! dejadme morir, si os place, al lado de mi bienhechor, y haced que no deba de sufrir los atroces dolores de la tortura.

—«Queda tranquila, hija mía, respondió el forestal; el Señor todopoderoso y cuya misericordia es infinita ha dispuesto ya las cosas de modo que te veas libre del suplicio del tormento, y El mismo cuidará de patentizar tu inocencia. Por tanto nada altere tu confianza en ese único y poderoso apoyo que nunca falta á la desgracia y procura siempre fortalecerte con piadosa oración.»

En seguida le contó cuanto había pasado to-

cante al cofrecillo. «Siempre he creido, dijo la buena Sabina, que era imposible que esta amable y piadosa señorita se hubiese hecho culpable de un crimen tan vil. Vamos, querida hija mía, eres aun muy joven, y ya has pasado por la triste experiencia de las penas y miserias de la vida: ahora pensarás en socorrer á la desgracia, y para facilitarle los medios, te daré á conocer todos mis remedios caseros. Soy vieja, y sería por cierto lástima que tan bellos secretos quedasen sepultados conmigo en la tumba mientras que tú podrías venir á ser como yo, una activa bienhechora de la humanidad doliente.»

Durante el coloquio el conde de Vellau y Abrahan, acompañados de un magistrado, entraron para notificar á Fridolina su libertad provisional. «¡Qué! ¡provisional! murmuró el anciano Martín; ¿por qué no definitiva? respondo con cuerpo y alma de su perfecta inocencia, y la infame que ha cometido la barbaridad de sumir en el oprobio y la desgracia á un ser tan puro, será un día severamente castigada en este y el otro mundo.» El conde, que jamás había visto á Fridolina, y que sentía un vivo interés por ella, la examinó atentamente. La bondad y dulzura que se retrataban en sus ojos candorosos le conmovieron vivamente. Aun cuando las ansiedades del proceso y las penalidades de la cárcel hubiesen alterado notablemente su semblante, se veía claramente que era bella. «Sus encantos medio marchitos volverán sin duda, luego que se haya restablecido la calma de su alma y con buen regimen haya reemplazado la pobre comida de la cárcel; ambas causas obrarán favorablemente en el cuerpo y en el alma.» Tales eran las reflexiones del conde mientras contemplaba aquella angelical criatura. Su

corazón estaba lleno de la benevolencia más sincera y de antemano se alegraba al ver contenta y libre á la pobre cautiva. Tomáronse todas las medidas para hacerla salir de su triste cárcel. Las funciones del forestal Martín le retenían aun quince días en la ciudad: entretanto debía Fridolina vivir en su casa antes de volver á aquella habitación campestre que tanto amaba. Mandaron por un carruaje; Fridolina se despidió del modo mas afectuoso de la buena Sabina y pocos momentos después entró en su habitación. Mas apenas hubo descansado dos horas porque le era preciso reponer sus fuerzas, cuando se dirigió á la iglesia. Pidió á Martín la acompañase á la más próxima, donde, llena de la devoción más fervorosa, se arrodilló al pie del altar para dar gracias al Eterno por haberle tan maravillosamente librado. Este piadoso agradecimiento á Dios nuestro Señor es uno de nuestros más santos deberes y más augustos sentimientos. Aquel cuyo corazón se halla abrasado de amor de Dios, y que todo lo refiere siempre al Autor supremo de los seres todos, siente siempre también en su alma una paz celestial, una confianza firme y dulce consuelo, á lo cual nada de la tierra puede compararse.

Llegó por fin el día tan anhelado en que la buena Fridolina pudo volver á la casa de campo, donde al lado de su padre querido podría de nuevo entregarse á los quehaceres domésticos. Cuanto más á ella se acercaba con mayor gozo palpitaba su corazón, pues iba á recibir el abrazo de su tierno padre. Verner ignoraba del todo lo que había pasado desde la partida de su hija. Martín y Fridolina, convinieron en no hablarle jamás de ello; y en efecto ¿de qué hubiera servi-

do contristar con tal relato el corazón del buen anciano?

Palpitando de gozo llegaron á la casa campestre. Mas un triste espectáculo aguardaba á la pobre joven. Verner gozaba de buena salud, pero de tal modo había ido aumentando la debilidad de sus ojos, que apenas pudo conocer á su hija. El sonido de su dulce voz penetró en su corazón y la estrechó entre sus brazos. También ella, no sabiendo como expresarle su dicha, le prometió bañándole de lágrimas, que no le dejaría un instante más.

Con qué placer fué recorriendo toda la casa visitando todos aquellos sitios tan gratos á su corazón, contemplando y cuidando su jardincito y acariciando sobre todo á su querida tortolilla, que había sido bien cuidada por su padre, y que no se cansaba de demostrar su contento en ver de nuevo á su querida dueña. Fridolina se hallaba otra vez en su elemento. Volvió á ponerlo todo en orden y á entregarse á sus ocupaciones ordinarias. Pero una idea sobre todo la preocupaba y absorbía: comunicóla á Martin y le pidió consejo. No podía mirar á su pobre padre sin sentir la mas viva compasión. La debilidad del buen anciano le atormentaba el corazón y no sabía si aplicarle ó no el remedio cuya receta tenía y que Sabina había declarado infalible. Por sí misma no se atrevía á arriesgar tal prueba. Martín, después de haberla atentamente escuchado, también permanecía indeciso, «cuando es cuestión de curar, no es cosa de hacer pruebas; es menester estar seguro; de otra suerte se pueden causar males irreparables y preparse amargos pesares. No puedo menos de alabar tu solicitud; mas atiende á que no te arrastre á una

empresa cuyas consecuencias serían quizás muy peligrosas. Toma paciencia aun por algunos días hasta que el conde llegue á su quinta; sin duda irá, como suele, con su médico. Este es sabio é ilustrado: le enseñaríamos la receta de Sabina y podrá juzgar si es aplicable. «Este parecer tranquilizó á Fridolina; sin embargo se les hacía muy largo el ver al médico.

Efectivamente, el conde de Vellau escribió á su intendente que iría pronto á pasar la buena estación en su quinta, y le mandaba dispusiese las habitaciones para recibirle. Pusiéronse en movimiento todos los criados de la quinta, y como el intendente no podía ya mucho, á causa de su edad, cumplir del modo conveniente con un encargo que requería mucha actividad, suplicó á Fridolina lo hiciere en su lugar; lo que hizo con mucha diligencia. Hizo los preparativos con tanto gusto como solicitud. Los tapices y las colgaduras fueron renovados según la moda, el mueblaje mejor dispuesto, las ventanas y los balcones adornados con las más bellas flores, y la librería misma del conde que estaba toda revuelta fué ordenada: en una palabra, Fridolina había sabido arreglar la habitación del conde con tal elegancia y riqueza, que era sumamente poética. Pero Martín, en su visita general, lo aplaudía todo y se felicitaba de su buena idea de encargar aquellas disposiciones á Fridolina.

El conde llegó el día prefijado. Habíase reunido á todos los moradores de la quinta y de la aldea para más solemnemente recibirle; también Fridolina se había juntado á aquel numeroso grupo: su modestia sin pretensiones la hacía reconocer entre todas las demás jóvenes. Vióla con gusto el conde y su corazón sentía la más dulce

satisfacción por haber contribuído á salvarla. Dió gracias á todos por el amable recibimiento que le hacían, y entró en la quinta, dichoso en verse rodeado de tanta gente que le atestiguaban la adhesión más sincera. Al recorrer sus habitaciones, quedó prendado de la elegancia y orden que notó en ellas, y al saber que era Fridolina la que lo había sabido disponer todo bien, le manifestó su satisfacción y la colmó de elogios.

Paso en silencio las bríllantes fiestas que en la quinta se celebraron. Fridolina, so pretexto de un motivo plausible, se dispensó de presentarse. No queriendo, después de la desgracia que acababa de sucederle, exponerse á las curiosas miradas de los huéspedes forasteros, se retiró á su casa de campo. El conde adivinó aquel motivo de delicadeza y lo aprobó.

CAPÍTULO VI.

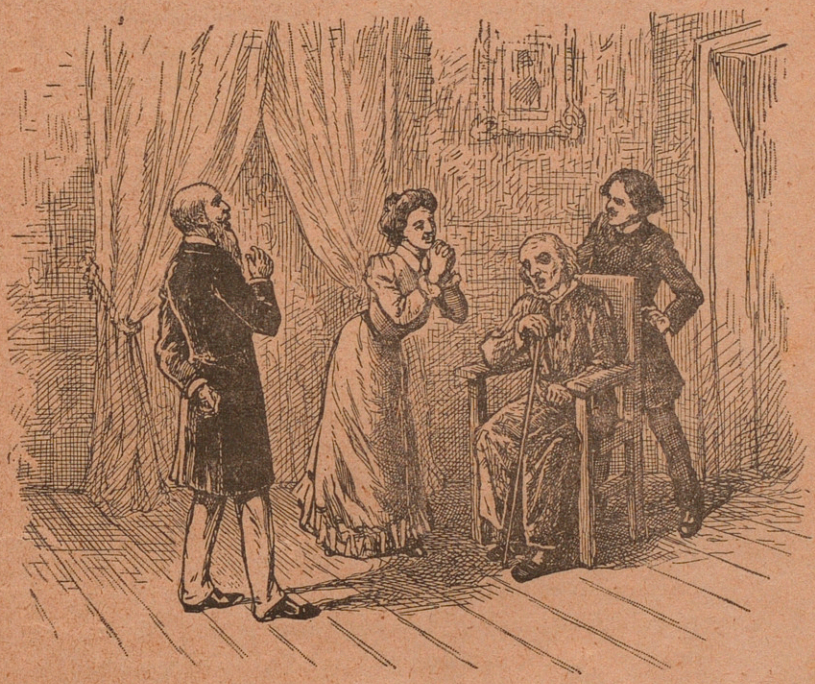
La curación

Tan pronto como le fué posible, fué Martín á consultar con el médico. El digno amigo de la humanidad no tardó en ir á la casa de campo. Después de haber examinado cuidadosamente los ojos del anciano, leyó con la mayor atención la receta que le presentaba Fridolina. «Buena muchacha, le dijo, no puedo menos de aprobar esta fórmula, que se encontró entre los papeles de un célebre médico que murió hace ya mucho tiempo; la aplicación de este remedio no puede dañar á su padre; debo sin embargo decirle con franqueza que tengo pocas esperanzas de curar esa enfermedad ya demasiado antigua y grave.

Sea lo que fuere, como en este mundo nada puede decirse de antemano con certeza, le aconsejo probar el tratamiento bajo mi dirección, si tiene V. confianza en mí. Puede V. quedar persuadida que tendré sumo gusto en secundarla del mejor modo posible.»

Fridolina manifestó su gratitud al digno médico por su generoso ofrecimiento; comenzó el tratamiento y el doctor la ayudó con todos sus cuidados. Súpolo el conde, y halló en aquella tentativa nuevo motivo de aprecio y benevolencia hacia hija tan excelente. El mismo iba algunas veces con el doctor, para mejor observar la

conducta de la joven en el interior de su hogar. Pasaron muchas semanas sin notarse cambio apenas en el estado de Verner, y el médico persistía en creer incurable la dolencia. Sin embargo, no se desanimó Fridolina; permaneció firme confiando en el favor todopoderoso del Señor y cuando dirigía á Dios sus ardientes súplicas, una



voz interior parecía decirle: Espera y consuélate. Continuó pues incansable en sus cuidados. Cuál sería el delicioso sentimiento de dicha que tuvo, cuando un día al levantar el vendaje, díjole su padre que veía los objetos que le rodeaban más distintos de lo acostumbrado! Pidió un libro y leyó facilmente muchos renglones cuando antes no podía distinguir letra alguna. Fridolina esta-

ba loca de contento y el doctor participaba de su admiración. Desde aquel momento redobló sus cuidados. El mal había perdido ya su mayor fuerza, y la mejoría fué cada día más sensible. En fin Verner se restableció tan bien, que recobró el perfecto uso de la vista.

Aquella curación tan inesperada había producido gran sensación en toda la comarca. El conde de Vellau hizo celebrar una misa solemne en acción de gracias y dispuso una brillante fiesta cuya reina debia ser Fridolina, y á la que invitó á todos los nobles del país. La virtuosa hija, modelo de piedad filial, fué llevada en triunfo hasta la iglesia; en ella se fijaban todas las miradas; mas nada la distraia de su devoción. No era de las que poniéndose en postura piadosa dejan vagar sus ojos por do quiera en derredor; su corazón y sentimientos se dirigían tan solo á Dios: con este recogimiento se presentaba siempre en el templo del Señor. Un solo pensamiento le distrajo un momento: acordóse de su encarcelamiento y de que esto haría que todos la mirasen con curiosidad, habiendo de presidir la fiesta. Parecióle penosa y humillante su posición, puesto que no había sido todavía absuelta, y que su libertad era provisional tan solo, bajo la garantía de la fianza del conde. Entonces un profundo y doloroso suspiro salió de su pecho. Sin embargo, miró al propio tiempo á su respetable padre y se dijo: «¡Dios mío! sin mi desgracia no sería él tan dichoso ahora: la cruel acusación me hizo conocer á Sabina y el remedio que le ha devuelto la vista. Dios misericordioso, añadió, cuán bien sabéis dirigir nuestra suerte! sí; voluntariamente sufriría de nuevo, si preciso fuera, mis pasadas penalidades al precio de la dicha que experimento

ahora. Sí, sí, el Eterno sabrá hacer brillar mi inocencia!» Esta idea reanimó su valor; fué á la fiesta, en la que todos le manifestaron el aprecio y las atenciones que su virtud merecía: ni una palabra indiscreta, ni una mirada equívoca fué á turbar su paz, y sin embargo no se encontró á su gusto hasta que la fiesta estuvo completamente acabada y pudo regresar á su tranquilo hogar.

CAPÍTULO VII.

El asesinato.

El hombre que vive en el seno de la calma y de una buena posición, se atreverá á lisongearse de que siempre vivirá así? Por ventura osará el rico fiarse de la estabilidad de su fortuna, el héroe de la de su gloria y los grandes de la tierra de la duración de su influencia y explendor? ¿No es nuestra vida un sueño cuyas vagas ilusiones cambian sin cesar y nos despeñan desde las brillantes regiones de una frágil prosperidad á los sombríos abismos del infortunio? Jamás, pues, hemos de mirar el presente como garantía del porvenir, oculto tras espeso velo, y cuando nos prometemos un purísimo día, viene el huracán amontonando de repente sobre nuestras cabezas nubes amenazadoras, en cuyo seno puede estallar la tempestad más horrorosa. Esto pasó á Fridolina. Colocada en la más dichosa posición, todo le sonreía, su alma gozaba de serena paz, como el cielo azulado que la cobijaba; sin embargo nubes sombrías se acercaban y pronto debían turbar aquella dulce calma.

Tiempo hacía que se formulaban quejas acerca de numerosos delitos de caza furtiva en los bosques señoriales. El conde ordenó á sus agentes forestales que reprimiesen enérgicamente tales

[redacted]

Habi[redacted]ió Martín lo sucedido y [redacted]ejaron se guardase en lo sucesivo y no se arriesgara á ir solo en la selva, pues era probable que la partida de malhechores que en ella se escondían no tardaría á armarle lazos para vengar á su compañero herido ó muerto. Martín se burló de los avisos. «No temáis, dijo, tengo una mirada bastante penetrante para distinguir de lejos hasta los menores objetos; mi fusil es seguro y puedo fiar en la vigilancia de los perros: por tanto estad sin temor respecto de mí, y no exijáis á este viejo gruñón, que ha encanecido en las armas que descuide sus deberes por un temor quimérico.» Así trató de tranquilizar Martín á sus amigos, persistiendo en la resolución de limpiar la comarca de aquella partida de malvados.

Algunos días más tarde tomó su fusil de dos tiros, llevóse á un aprendiz de cazador, y seguido de Diana, su fiel perra, volvió á la selva, habiendo prometido no alejarse demasiado y regre-

precisamente [illegible] atiga-
zos, y desde entonces ese pl[illegible]por todas
partes como pecador endurecido, refunfuñando
venganza; por cierto debió de ser el demonio
quien inspirara á nuestro amo hacerse acompa-
ñar precisamente de éste... ¡Eh! ¡Juan! ¡José! ¡ca-
maradas! ¡aprisa! carabinas en bandolera, soltad
la jauría y seguidme á la selva, pues nada bueno
espero.» En un abrir y cerrar de ojos armáronse
los criados, los perros corrieron delante ladran-
do y á toda prisa fueron á la selva.

Sin embargo las palabras del fiel Sebastián ha-
bían sumido á Fridolina en una cruel inquietud.
Volvió á su cuarto y presa de ansias indescripti-
bles aguardó las noticias de lo sucedido. Dos
largas horas habían trascurrido, cuando oyó rui-
do fuera y voces confusas en el patio. Habíase
levantado é iba á bajar, cuando entró Sebastián
con aire azorado.

«No se espante V. señorita, le dijo, mas la des-
gracia es demasiado cierta, no podemos callar,

ni diferir un solo instante los socorros necesarios. Arreglad con presteza la cama para colocar en ella á nuestro buen amo. He mandado á Juan á la quinta por el médico y José irá á la aldea á todo escape para traer al cirujano.»

Fridolina no oyó ninguna de estas palabras: bajó precipitadamente al patio y gritó desesperadamente al ver al desgraciado Martín tendido sin dar señal de vida en una litera improvisada. Todos los criados lloraban; llevaron el cuerpo inanimado á la cama y luego muy pronto vieron llegar al médico, quien, examinada la herida, la encontró mortal. No atreviéndose á invadir las atribuciones del cirujano, contentóse con poner el primer vendaje y reanimar al infeliz. Pronto llegaron el conde de Vellau y el cirujano. Este sondó la herida y la declaró mortal, vista la imposibilidad de extraer la bala. Sin embargo dijo que él podría vivir aun algunas horas; y cuanto pudo hacer la ciencia se limitó á mitigar los dolores y fortalecer la vitalidad del herido por el tiempo que de vida le quedaba.

Gracias á tantos cuidados el pobre Martín recobró aun bastantes fuerzas para dar gracias á todos los presentes por el vivo interés que le demostraban. Pidió al cura párroco y al notario para sus últimas disposiciones. Ni uno ni otro se hicieron aguardar.

Como buen cristiano comenzó Martín por acudir á los consuelos de la religión, confesóse y pidió perdón á Dios de sus pecados y que le admitiese en la gloria por su misericordia. Así fortalecido y tranquilo, dictó su testamento, en el cual nombró herederos de su pequeño haber á Fridolina y á su padre, recomendándolos á la be-

nevolencia del conde, que se la prometió solemnemente para siempre.

Martín murió en medio de la paz y serenidad que endulzan la muerte del justo. Sólo el malvado puede temer la muerte, porque en aquel momento que traspasa la barrera que le separa de la eternidad, sus maldades se agolpan ante su espíritu, y una convicción íntima le grita que va á comparecer ante un juez infinitamente justo.

Vivo y profundo fué el dolor de Fridolina, que estaba inconsolable: todo lo debía al buen anciano y no podía sin inquietud pensar en lo venidero. El conde había por cierto prometido al difunto que no la dejaría, sin embargo ella no podía quedarse en la casa de campo: el nuevo guarda general estaba casado y con hijos, y el conde destinó un departamento de su quinta para Fridolina y su padre. Verner y su hija lo aceptaron, pero á condición de que él se ocuparía en la contabilidad señorial y ella se encargaría del gobierno de la casa, lo cual desempeñó tan bien como lo había hecho en la de campo.

La nueva posición dejaba todavía á Fridolina algunos ratos para ocuparse en labores de ornato á que era aficionada, como el dibujo y el bordado. El conde le había proporcionado un excelente piano y como Fridolina, en los albores de su juventud había aprendido el canto y la música, en que sobresalió, pronto se puso al corriente, y durante horas enteras su padre y el conde Vellau la escuchaban admirados.

Fridolina tuvo otra distracción: su palomita querida nunca la dejaba; y el conde le regaló además una urraca, á la que supo también domesticar y enseñar, que no solo vivía muy familiarmente con la paloma, sí que también se afi-

cionaron tanto al conde, que cuando salía á pasear por el jardín, revoloteaban y jugaban á su alrededor. Así que excepto el pesar que sentía por la pérdida de Martín, Fridolina pasaba sus días en paz y contento, prodigando á su anciano padre sus cuidados y consuelos.

CAPITULO VIII.

Consecuencias de una primera falta.

ENTRETANTO nada omitía el conde de Vellau para poder castigar el asesinato de su guarda general: habíase puesto de acuerdo con todos los grandes propietarios circunvencinos para dar una batida general en toda la provincia. Mas antes de proseguir nuestro relato, es preciso volver un poco atrás, á fin de aclarar diversos puntos de esta historia.

Nuestros lectores aun recuerdan indignados la odiosa manera de obrar que tuvo Dorotea con Fridolina. Cuando Roberto le hubo avisado su próximo regreso y mandado vender el cofrecillo, dicha noticia la hizo decidirse á sustraer aquel último resto de su fortuna á la rapacidad de su esposo. Mas ¿cómo hacerlo sin exponerse á los más bárbaros tratos de parte de aquel brutal Roberto? Creyó sería lo mejor decirle que las joyas le habían sido robadas, para no tener que entregarle su valor. Faltaba una víctima á la atroz calumnia y ninguna le pareció más apropósito que la buena y candorosa Fridolina Mientras le abrazaba en u última visita, tuvo la infame destreza de hacer caer la sortija en su delantal. Luego que Fridolina se hubo marchado y antes de dar á conocer nada, fuése corriendo á vender el cofrecillo á Abrahan. Presa ya Fridolina, pensó

poder disfrutar en paz del fruto de su infernal estratagema; mas cuando al día siguiente vió llegar á su casa á Martín, cuyas palabras firmes y enérgicas la conmovieron, y luego que le hubo dado á entender que sospechaba su horrible perfidia, quedó presa de espanto. Conoció que no podría sostener un interrogatorio ante el juez; y aprovechándose del tiempo que duró la enfermedad de Fridolina, tomó pasaporte y refugióse en Holanda, habiendo antes escrito á Roberto que el robo de sus joyas la había reducido á la miseria, que no podía enviarle socorros y que la necesidad la obligaba á ir al extrangero en busca de subsistencia. Pero cuando en Amsterdam la citaron á comparecer ante el magistrado para explicarse sobre el robo del cofrecillo, ya no se tuvo por segura y huyó á Magdeburgo. Allí era desconocida y absolutamente dueña de sí misma. Por más que se decía que lo que había sacado del cofrecillo no podía durar siempre ¿dónde había de hallar otro recurso ella que desde su juventud nada había aprendido y constantemente había desdeñado toda suerte de trabajo? En una criatura tan lijera como Dorotea tales reflexiones no podían durar. Entregóse de nuevo á su pasión por las distracciones: su cajita, disminuyendo cada día, acabó por quedar completamente vacía. Entonces contrajo deudas cosa fácil al principio, pues sabía ocultar muy bien su miseria bajo las apariencias del lujo; mas aquello no podía durar mucho. En el instante en que iban á prenderla, se fugó disfrazada de mujer del pueblo y recorrió la comarca buscando fortuna. Agotados todos sus recursos, vióse obligada á mendigar y á pasar la noche en algún cobertizo. Probó todos los horrores del hambre y

de la miseria, llamando á muchas puertas sin alcanzar ni un asilo, ni un bocado de pan, pues no la tomaban sino por una vagamunda á quien rechazaban desconfiados.

En fin, no pudiendo su cuerpo soportar ya tales penalidades á que no estaba acostumbrada, cayó enferma y fué presa de dolores tan violentos que se le hizo imposible ir más lejos y recostóse al pie de un árbol á orillas del camino. ¡Cuán horrible debió de parecerle tal situación! ¡Cuán humillada debió de sentirse al ver que los viandantes insensibles á sus instancias y miseria, pasaban de largo sin ofrecerle el menor socorro! Su debilidad iba creciendo por momentos padecía el tormento del hambre y el de la sed, y no tenía fuerzas para levantarse y pasar adelante. En aquel instante, un pensamiento saludable de arrepentimiento y contrición hubiera debido salir de su alma, cual pecadora arrepentida habría debido invocar la misericordia del Todopoderoso; mas el corazón de Dorotea se hallaba endurecido y su infortunio no había llegado todavía á ser bastante extremado, para que se moviera á reconocer la gravedad de sus faltas.

Sumida en triste postración, la sacó de ella el ruído de un carruaje, y sus gemidos conmovieron á un agricultor que volvía de la ciudad, á donde había ido á vender trigo. Habiendo visto á la infeliz tendida á orillas del camino, sintió su corazón movido de compasión. Aquel hombre caritativo vió al primer golpe de vista la necesidad que aquella tenía de pronto socorro; hízola subir á su carruaje y se la llevó á casa, donde su mujer le prodigó todos los cuidados imaginables. El descanso y una sana alimentación la restablecieron en poco tiempo, de buena gana habría

prolongado su estancia en aquel hospitalario hogar y permitido que la hubiese mantenido gratis aquel buen hombre si así lo hubiese querido. Por fin preguntóle él de donde venía y ella supo engañarle con un fingido relato. Dióle aquel á entender que le sería preciso trabajar para ganarse el sustento. Costábale á Dorotea decidirse; sin embargo la necesidad la obligó. Encargáronle algunos trabajos de la casa empero además de que le faltaba absolutamente buena voluntad y estar habituada á ello, lo hacía tan torpemente y con tan poco esmero, que pronto fué el hazme reir de las demás personas del servicio de la casa, de quienes por otra parte ningún aprecio había sabido captarse. Así que no tardó en descontentar á todo el mundo, de modo que el campesino le declaró que ya no le importaban sus servicios y que deseaba saliese de la casa. Tales palabras en boca de un sujeto tan caritativo hirieron el amor propio de Dorotea, y sin buscar en sí misma el motivo de ellas, decía que estaba rodeada de gente envidiosa y mala; olvidóse de los beneficios recibidos en casa tan hospitalaria, juzgóse cruelmente injuriada por las bruscas maneras del dueño y juró venganza. Fué sin embargo bastante disimulada para no decir ni hacer cosa que diera á entender sus siniestras intenciones. Suplicó con instancia que la dejasen quedar aun ocho dias, á fin de poder hallar otra colocación, segun decía, y consintióse en ello.

Aquella tan astuta como malvada criatura sabía que dentro los ocho días se celebraría la fiesta de una aldea vecina, cuya mañana se destinaría á las funciones de iglesia y la tarde y gran parte de la noche á la danza y otras diversiones, por lo cual los que fueren á la fiesta no regresa-

rían hasta el día siguiente. Este era el escogido por ella para realizar su proyecto, debiendo pretestar de antemano una grave indisposición para no tener que ir. Los demás sirvientes de la granja se alegraron de tener en ella quien les reemplazara para guardar la casa, pues conviene notar que hasta entonces no había dado lugar Dorotea á que sospechasen de su honradez.

La víspera de la fiesta se quedó en confiar la guarda de la casa á ella y á un anciano criado á quien una torsión del pie impedía tomar parte en las diversiones, y á la aurora del siguiente día marcharon todos llenos de impaciencia de disfrutar de la fiesta. La presencia del anciano criado contrariaba mucho á Dorotea y se devanaba los sesos buscando cómo alejarle con alguna astucia, á fin de poder ir con toda libertad al armario donde el granjero guardaba su oro y plata.

Andando en cavilaciones, fué á pasearse á la sombra de los árboles que rodeaban la granja; allí vió á un hombre que viajaba á pie atravesando los campos y dirigiéndose hacia ella, quien le pidió de beber. ¡Qué sorpresa la de Dorotea reconociendo en él á su marido, el miserable Roberto! También él apesar del dizfraz de su mujer y del cambio de su semblante la reconoció al instante. Por el cielo, Roberto, exclamó ella, no me descubras, no estoy sola en casa y podrían ponerme presa!

¿Presa? replicó Roberto, ¡como! ¿no está limpia tu conciencia? veamos, cuéntame tus calaveradas. Muchas aventuras he corrido también yo desde nuestra separación y apuesto que en este momento podemos sernos mútuamente útiles. «Dorotea le explicó con fingido dolor que, ha-

biéndola robado una joven que había querido enseñarle á bordar, se había visto en la triste necesidad de ponerse á servir en aquella granja. Roberto le hizo muchas preguntas, y al saber lo que había proyectado y la ausencia del granjero, le dijo: «Bien lo he pensado que te sería útil mi ayuda. Vamos, recíbeme como primo tuyo; haz que no falte vino; lo demás queda de mi cuenta. Creo que vamos á dar un buen golpe.»

Llevóse el plan á cabo: el criado no concibió la menor sospecha; al contrario, estuvo muy contento de tener á quien le hiciese compañía mientras sus compañeros se divertían en la fiesta; y en tanto que Dorotea preparaba la comida, el primo se mostró muy amable y supo tan bien divertir al viejo Conrado con una viva y alegre conversación, que éste quedó contentísimo.

Sentáronse á la mesa y comieron con buen apetito: el poco vino que había dejado el granjero para el día fué pronto insuficiente. Entonces el amable primo puso en la mesa una moneda y dijo al crido fuese á buscar cuatro botellas del mejor vino que encontrase en la hostería de la aldea. Entonces la alegría llegó á su colmo; el vino corrió en abundancia; el vaso de Conrado jamás estaba vacío, y el encantador primo supo contar tantas y tan agradables cosas, que el bobo de Conrado se destornillaba de risa; y tantos vasos apuró á la salud del chistoso primo que finalmente cayó sobre la mesa como difunto de taberna.

«Es aun demasiado temprano, dijo Dorotea, no cometamos la imprudencia de abandonar la granja antes de que haya anochecido por completo, y aun antes de dicha hora podría despertar el badulaque.»

—Pierde cuidado, respondió Roberto, ¿no has

notado que cuando él estaba á buscar vino he echado en su vaso una buena dósis de ópio? No despertará hasta muy entrado el día. Vamos, podemos trabajar á nuestro gusto.»

Dorotea hizo visitar la casa á su infame compañero; forzaron el armario del granjero, é hicieron presa los malvados de una suma de algunos centenares de escudos laboriosamente ganados y reservados para días de necesidad. Pronto se repartieron el botin. Roberto fué de parecer de no llevarse ningun objeto de valor, á fin de no ser descubiertos al venderlos.

Entretanto llegó la noche. Roberto sacó un caballo del establo, lo enganchó á un carrito, hizo subir á Dorotea, luego bajó so pretexto de haberse olvidado algo; y sin que ella lo previese ó que él se atreviese á decírselo, fué á pegar fuego en una granja. Entonces se lanzó al carruaje y partieron á todo escape por un camino de travesía que salía á una carretera. Llegados allá, bajaron; Roberto dió de latigazos al caballo abandonado á sí mismo, que corrió al través de los campos y acabó por volcar el carro en un foso. Ambos bribones tomaron entonces otra dirección y encontraron pronto un carruaje vacío, cuyo conductor, mediante salario, los llevó á la ciudad vecina. Allí, no creyéndose seguros, cambiaron de traje, y alquilaron otro carruaje hasta la frontera.

Mas, ¿cómo pasar la frontera? He ahí la cuestión y grave, pues había algún tiempo que se hacía el contrabando con tal descaro que la administración de aduanas había multiplicado los puestos, y no dejaba pasar á ningún viajero que no tuviese todos sus papeles en regla. En tal situación nuestros dos aventureros, después de

haber despedido al conductor, se encaminaron hacia una hostería aislada en medio de la selva. Al entrar en la sala hallaron la gran mesa ocupada por doce sujetos de formas robustas y sospechoso talante. Al verlos no pudo menos de extremecerse Dorotea, pero Roberto pareció que nada temía, pues si son vagos, pensaba, me conocerán como uno de tantos, como se conoce el pajaro por su plumaje. Sentóse pues á una mesita separada y fué bastante cauto para no dejar entrever que llevaba dinero. Llamó al posadero y le preguntó, enseñándole una hebilla de plata, si la tomaría en pago de una cama y algo de comida, pues de otra suerte no teniendo otra cosa, iba á buscar albergue á otra parte con su compañero (pues Dorotea se había disfrazado de hombre.) El posadero recibió gustoso en pago la hebilla, que valía bastante y les dió abundante comida y bebida que despachaban con buen apetito. Roberto advirtió pronto que la banda le había observado; le atistaban de vez en cuando y hablaban luego en voz baja.

Poco después entró en la sala el posadero. «Señores, dijo, es ahora el momento de partir para la expedición.

—Pues bien, partid, dijo uno, dentro una hora podréis estar de vuelta. Yo me quedo, y os aguardaré con impaciencia.»

A la sazón levantáronse todos aprisa y salieron todos menos Clausse, que llenó su pipa, se hizo traer otro cántaro de cerveza y se sentó cerca de la mesa donde se hallaban Roberto y Dorotea.

«Con su permiso, les dijo al sentarse, paréceme que el tiempo pasa mejor en compañía. El señor no me parece mimado de la fortuna, de

otra suerte no habría entregado su hebilla al posadero.

—No por cierto: ayer perdí el último escudo y no sé que va á ser de mí y de mi hermano.

—Con su hermano bien está, ¿me toma V. por un necio que no sé distinguir á una persona del otro sexo? Parécenme Vdes. un buen par de bri-

bones.. . Vamos, sin miedo; no seré yo quien les haga mal juego; aquí va mi mano, y buen apretón... y además confianza por confianza: tal vez pueda yo serles útil... ¿Desean Vdes. pasar la frontera?

—Sí.

—¿Y probablemente sin pasaporte ni papeles en regla? será muy difícil.

—¡Ah! buen hombre, exclamó Dorotea, dénos

V. consejo: ¿qué debemos hacer? Ayúdenos á salir de este mal paso.

¡Bravo! facil es decirlo: ¡ayúdenos! á riesgo de ser colgado en la primera horca. Con todo, el corazón se me parte al ver á esos pobres jóvenes... ¡Hum! ¡hum! lo pensaré. Tengan paciencia hasta la vuelta de mis camaradas. No tardarán en volver, á no ser que hubiesen tenido desgracia.»

Roberto y Dorotea no comprendieron bastante el sentido de aquellas palabras, pero sintieron un temor vago. Abrióse de repente la puerta y el más joven de la banda, muchacho de unos diez y ocho años, se precipitó en la sala azorado y jadeante.

—¿Qué pasa? gritó bruscamente Clausse.

—Estamos vendidos y perdidos, contestó el joven.

Clausse arrojó su vaso á la pared con tal fuerza, que se partió en mil pedazos.

—¿Dónde están los demás?

—Unos presos, otros dispersos, ¿quién sabe dónde?

—Entonces es imposible estar más tiempo aquí. Vds. que quieren pasar la frontera, pueden venir conmigo, pero aprisa... Adios, señor posadero, tal vez nos volvamos á ver en mejores tiempos. Roberto y Dorotea se pusieron una blusa y siguieron precipitadamente á sus guías á lo más espeso de la selva.

Sin proferir una palabra siguieron su camino por los sitios más silvestres. El viejo Clausse parecía conocer bien todos los rincones. No carecía de peligros su marcha; pues era á veces preciso saltar precipicios, y á menudo atravesar torrentes bastante profundos; parecía increible

que pies humanos hubiesen franqueado tales barreras. Por fin agotaron sus fuerzas. Clause sacó de su zurrón, pan, carne y un frasco de aguardiente, que repartió á sus compañeros, pero sin permitirles detenerse. «Hay dos leguas de aquí á la frontera, les dijo, y hasta allá no paramos.» Tomaron, pues, aquel ligero refrigerio sin dejar de andar.

Sin embargo, el camino se iba haciendo más impracticable y debieron trepar por rocas cuyas asperezas les lastimaron los pies. Dorotea, no pudiendo con tal fatiga, dejóse caer rendida.

—¡Al diablo las mujeres! murmuró Clausse; solo sirven para estarse arrimadas al fuego, y no pueden compartir las fatigas del hombre. Por lo demás, no puedo detenerme aquí por Vds., pues corre peligro mi pellejo Sin embargo, les prometo enviarles socorro después de haberme puesto en salvo. Pueden, pues, quedarse aquí y aguardarme dos ó tres horas. Si hasta la noche no vieren llegar á nadie, será señal que no he logrado mi objeto, y entonces harán Vds. bien en probar fortuna en otra parte. Hasta aquí bastante he hecho por personas extrañas como Vds..... Ven, Esteban, no hay que perder un minuto. Esto diciendo, partió con el joven y abandonó á Roberto y á su compañera á su triste suerte.

Dorotea lloraba amargamente; sus pies ensangrentados le dolían horriblemente Roberto echaba pestes, juraba como un pagano y acusaba á la fatalidad de su suerte, pero también estaba extenuado de fatiga. Echáronse ambos sobre la yerba y se contaron los sucesos de su vida. Mis lectores me permitirán callarlos, pues no puede ser grato ocuparse en seres tan desmoralizados;

y mucho antes nos hubiéramos dispensado de ello, si la relación de estos sucesos no hubiese sido indispensable al conjunto de esta historia, y si por otra parte, nuestro objeto no fuese presentar al lado de la noble imagen de la virtud, la fea pintura del vicio, para hacer más saludables nuestras lecciones.

La conversación de nuestros aventureros era triste y monótona: el exceso de su cansancio los sumió pronto en profundo sueño. Cuando despertaron no se había aun puesto el sol, pero la claridad del día había desaparecido en la espesura de las malezas. Dorotea sintió una nueva inquietud, la de verse obligada á pasar la noche en lugar tan silvestre y desierto, poblado probablemente de aquellos animales fieros á quienes la noche saca de sus madrigueras para buscar su presa. El malhechor y las fieras se parecen espantosamente en escoger las sombras de la noche para hacer sus estragos. En una comarca descoconocida, sin camino trillado, donde á cada paso se teme caer en un precipicio, era imposible intentar ir más lejos en la oscuridad; fuéles pues preciso aguardar el día siguiente en tan penosa situación, y aun entonces no supieron adonde dirigirse, pues no contaban ya con la ayuda de Clausse, que habría ya debido llegarles mucho antes.

Dorotea, temblando de miedo y devorada por la inquietud, lloraba á lágrima viva. De repente se levantó de un brinco, pues oía un ruído dentro de la maleza, y esperaba ver aparecer algún animal silvestre. Roberto no tenía otra arma que un palo nudoso, con el cual se puso á la defensiva. Sin embargo el ruido se oyó más cercano y de repente se oyó también un grito de caza. Eran

pues hombres: Dorotea se sintió aliviada de un peso enorme. Mas de improviso se apoderó de ella otro temor: ¿era tal vez gente que los perseguía? fuese lo que fuese, era muy crítica su situación. Roberto respondió al grito; y un instante más tarde Esteban, acompañado de otro sujeto, salió de la espesura. «Por fin hélos aquí, dijo á su compañero; no habrán estado muy á su gusto después de tanto tiempo que nos agurdan; pero animarse; nuestro viejo Clausse llegó á buen puerto. He aquí pan y vino que les envía encargándoles lo coman andando, pues deben ya de haber descansado bastante y es menester nos sigan sin demora. Pronto hallarán comida caliente y buena cama.» Tan consoladoras palabras les dieron nuevas fuerzas; pusiéronse luego en camino y se sintieron fortalecidos para andar algunas leguas.

Finalmente llegaron á una cabaña rodeada de una grande espesura de árboles. Entraron y vieron una partida de hombres bebiendo sentados al rededor de una mesa. Entre ellos había Clausse. «Sean bienvenidos á nuestro nuevo asilo, les dijo gritando, la comida está dispuesta y os aguarda hace rato, tomad asiento y cobrad nuevas fuerzas después de tantas fatigas.»

Sirviéronles luego un magnífico corzo y hubo vino en abundancia. Después de algunos vasos, Clausse tomó la palabra: «Para decirlo en pocas palabras, es preciso os haga conocer en qué compañía os halláis. Somos contrabandistas, mas el diablo nos ha echado encima los perseguidores; y éstos nos han de tal suerte echado á perder el oficio, que nada vale ya á lo menos por un año, hasta que la cosa quede olvidada; y aun hemos creído prudente abandonar la comarca, puesto

que se habían publicado nuestras señas. Entretanto hemos hallado aquí un asilo, donde vivimos de la caza que se pone al alcance de nuestras escopetas. Esta industria nos sostiene admirablemente; nuestra mesa siempre se halla bien servida y nuestro comercio prospera. Así aguardaremos mejores tiempos en que cada cual pueda ir á donde le plugiere. Ya veis que no tengo secretos para vosotros, pues tú sobre todo, añadió dirigiéndose á Roberto, me pareces un bribón de buen temple y que podrá convenirnos; tu mujer ó hermana, poco me importa, podrá prestarnos buenos servicios también, porque siempre hay en casa muchas cosas de que el hombre no puede cuidarse. En cambio tendrá fielmente su parte de botín, como si hubiese ayudado á conquistarlo. Ahora resolveros y pronto; os aconsejo que aceptéis nuestra propuesta de buen grado, pues antes de exponernos al riesgo de ser vendidos por vosotros, tendremos medios de haceros callar.» Al decir estas palabras echó una mirada á una escopeta de dos cañones colgada de la pared.

Roberto comprendió perfectamente la mímica. El mismo estaba muy contento de haber hallado un asilo donde esperaba poder vivir mucho tiempo oculto. Convinieron al momento y él y su mujer fueron incorporados á la banda. Roberto era un tirador excelente: pronto fué el alma de sus complots y el jefe de sus arriesgadas y criminales empresas. A Dorotea gustábale también aquella infame vida y á menudo, cuando los hombres rondaban días enteros por los bosques y montañas, si no tenía cosa que le corriese prisa en casa, iba á vender la caza á personas conocidas; desgraciadamente se encuentra en todas par-

tes gente sin moralidad, á quien el cebo del lucro mueve á favorecer el comercio ilegítimo.

Durante mucho tiempo los cazadores furtivos hicieron su oficio con seguridad completa; mas al fin los guarda-bosques fueron avisados y procuraron buscar á los autores de aquellos delitos. Por de pronto nada lograron, pues, es preciso decirlo, raras veces se había visto una banda de malhechores tan bien organizada y astuta como aquella. Solo al desgraciado Martín estaba reservado el sorprender y herir de un tiro al criminal que no se rendía á sus intimaciones. El tiro fué certero, pero el herido conservó aun bastantes fuerzas para llegar á través de las malezas hasta la hendidura de una roca, donde pudo quedar agazapado mientras duró el peligro. Luego se arrastró hasta su secreto escondrijo. El herido era el mismo Clausse. Con grande espanto de toda la banda llegó á la cabaña extenuado de debilidad y fatiga. Apresuráronse á curarle la herida; pero la pérdida de sangre y la falta de los primeros cuidados la habían convertido en mortal; la llaga estaba completamente inflamada y murió al día siguiente mientras la estaban curando.

Un grito de venganza resonó en toda la caverna. Clausse había conocido perfectamente á su adversario: todos juraron matar al buen Martín. «A mí, exclamó el joven Esteban, á mí me toca la venganza, porque la suerte de Clausse me interesa más particularmente: él me enseñó y me cuidó siendo niño y os doy palabra de que su asesino tendrá la misma suerte.» Todos mostraron su contento al ver la resolución del joven malvado que progresaba en el crimen. Despidióse de ellos; y bastará decir que él era quien se

había colocado de aprendíz cazador en casa del excelente guarda Martín, y quien, hallándose solo en el bosque con el infortunado anciano, le había herido cobardemente en el espinazo, y en seguida se había refugiado de nuevo en la caverna de los bandoleros.

CAPITULO IX.

Los contrabandistas

RECORDARÁN nuestros lectores que el conde de Vellau se había puesto de acuerdo con todos los grandes propietarios de la comarca para organizar una batida general contra los cazadores furtivos que infestaban sus bosques. La medida se llevó á cabo con toda la energía y prontitud deseables. Pasaron muchos días buscando, antes de poder descubrir su escondrijo; pero entonces el ataque fué pronto y bien calculado. La cabaña, cercada por todos lados, fué tomada por asalto, á pesar de la desesperada resistencia de los bandoleros, muchos tiros se dispararon por una y otra parte, muchas víctimas inocentes cayeron bañadas en sangre; mas al fin los bandoleros fueron cogidos en su madriguera y los que no habían caído muertos fueron atados y entregados á la justicia; el infame Esteban, el asesino de Martín, era uno de tantos. Sin embargo dos de aquellos malvados, reclamados hacía tiempo por la justicia, se escaparon aquella vez aun del castigo de sus crímenes: fueron Roberto y Dorotea. El primero se hallaba ausente, le habían mandado á cazar á una selva muy lejana; y Dorotea había marchado á una aldea vecina para vender caza y comprar provisiones. Después de haber hecho una venta ventajosa y

completado sus compras, había entrado en una hostería para comer, cuando entraron muchos cazadores al mismo tiempo llenos de gozo y alegría. «A fe mía, exclamaban, la cosa ha estado animada, los malvados se han defendido como osos, mas aun cuando hubiesen sido leones; también hubieran sido aplastados: yo solo por mi parte hubiera hecho frente á cuatro de aquellos bandoleros, si hubiera convenido. — Aquel atrevido hablador era precisamente uno de aquellos que se mantienen prudentemente lejos del lugar del combate; podía colegirse de su jactancia, pues sabido es que los más fanfarrones no siempre son los más valientes; pero Dorotea escuchó muy atentamente sus palabras. Quedóse tranquilamente sentada en un rincón oscuro y por la relación de los cazadores supo todo lo que había pasado en la selva.

Era hora entonces de resolverse pronto. Habiendo salido de la sala sin ser vista, fué á la cocina á encontrar á la mujer del posadero, y llamándola aparte le dijo: «El comercio que hacíamos acaba de ser descubierto, y estoy expuesta á ser presa en cada instante. Pero me hallo resuelta á no perderme sola. Escoged: ó me proporcionáis otro traje y medios de escaparme, ú os denuncio junto con vuestro marido por cómplices en nuestra caza furtiva, y ya sabéis que para la justicia el encubridor es también culpable como el ladrón.» La posadera se espantó mucho con tal amenaza, y se apresuró á consultarlo con su marido. Un solo partido podían tomar, llevarla á un cuarto particular, proporcionarle otro traje y encargar al mozo llevarla en un calesín á una ciudad que distaba diez leguas. Así escapó otra vez del peligro que tanto la amena-

zaba y aun oiremos hablar de ella en adelante.

¿Qué era de Roberto? Este llegó de su excursión cargado de caza. Dirigíase alegremente á la cabaña; y ¿cuál no debió de ser su sorpresa al hallarla desierta, acribillada de balas y llevando por todas partes la señal de un ataque terrible y de una desesperada defensa. Con esto pudo adivinar fácilmente lo que había pasado y reconocer

que no se hallaba seguro en tal paraje Su primer cuidado fué pues buscar su dinero, que sin saberlo sus camaradas, había escondido en el hueco de un árbol. Pero dice el refrán: Los dineros del sacristán cantando se vienen y cantando se van. Roberto lo vió confirmado: el tesoro robado había desaparecido; ¿quién lo había cogido? ¿cómo y cuando lo habían descubierto? Roberto no pudo saber nada.

Furioso dió Roberto de cabezadas contra el árbol que tan mal había guardado su tesoro, mas el árbol insensible no pudo decirle nada ni devolverle el dinero. Sin embargo, el desconsolado Roberto debía alejarse cuanto antes; porque, á juzgar por las huellas de sangre todavía frescas, el combate había tenido lugar la víspera, y sin duda pronto volverían para practicar el registro que no habían practicado aun, puesto que halló en la cabaña muchas buenas escopetas y en la mesa muchos vasos llenos de vino: solo se había tratado pues la víspera de apoderarse de los bandoleros y se había dejado para el día siguiente el cuidado muy importante de registrar la cabaña y sus alrededores. Roberto recogió rápidamente cuanto pudo llevarse y con la velocidad de un corzo huyó á las alturas de la montaña, donde se tendió á la sombra de un zarzal, rendido de cansancio y se puso á dormir.

A la mañana siguiente el hambre y la sed le despertaron: halló en su zurrón comida y fué á beber en un manantial cercano

En aquel momento pudo con toda calma pensar en su situación. ¿Qué partido tomar? ¿hacia dónde dirigirse? Cercado de peligros por todas partes, muy poco provisto de dinero, vióse expuesto á todos los horrores de la necesidad y de la miseria, que se le presentaban cual dos feos y amenazadores fantasmas.

Por más que soñaba y meditaba, creyó que lo mejor era permanecer en aquel lugar solitario hasta que se le ofreciese algún medio de dejarlo sin gran riesgo. Internóse todavía en lo más montañoso, procurando vivir de la caza furtiva; volvióse cada día más salvaje; sus vestidos cayeron á pedazos; y aún apenas podía así vivir, y

no encontrando siempre caza sucedióle quedar más de un día sin comida Cansado por fin de este género de vida, decidióse á volver en un país habitado para hallar en él medios de subsistencia; ¿mas cómo emprender un viaje sin dinero ni papeles? ¿cómo presentarse á quien quiera que fuese con sus vestidos destrozados? ¡Miserable! solo le faltaba entregarse á los últimos excesos del crimen, al bandolerismo que es camino derecho para el asesinato. Mas corramos un velo sobre este repugnante cuadro, y volvamos al lado de nuestra buena y amable Fridolina.

CAPÍTULO X.

La sospecha.

Desde el desastre que había arruinado á su padre, Fridolina no había aun visto transcurrir días tan felices como los que pasaba en la quinta del conde de Vellau. Era el conde muy caballero, y no habría podido tratar con más delicadeza á una hermana. Solo se sentía feliz en compañía suya y en la de su padre, que nunca la dejaba.

El generoso conde, temiendo que el trabajo no le cansase la vista, había á fuerza de instancias inducido á Verner á dejar el escritorio y pasar tranquilamente sus días junto con su hija. El conde gustaba mucho de su compañía: ¡era tan instructiva y agradable la conversación del padre! ¡tenía la hija sentimientos tan nobles y puros y talento tan atractivo! Cada día, desde el momento en que estaban reunidos y dispuestos á recibir visitas, hacía el conde preguntar al padre si su presencia les sería molesta: el padre salía á recibir al generoso y discreto bienhechor; Fridolina cantaba ó tocaba el piano y era escuchada con admiración, pues su voz era ajustada y limpia y el instrumento animado por sus lijeros dedos producía dulce armonía.

Leía algún libro piadoso, y su padre intercalaba la lectura con algunas sentidas y preciosas

reflexiones, ó hablaban unos y otros de diversos asuntos, y también con frecuencia se divertía el conde con la urraca ó la paloma. Esta última sobre todo se hizo tan familiar con él, que le seguía en sus paseos en coche, ya revoloteando en torno, ya posándose en el imperial y cuando bajaba del carruaje iba á descansar en sus hombros arrullando y acariciándole.

Así se deslizaban los días y las semanas en medio de los tranquilos goces del hogar doméstico.

A la sazón murió la tía del conde y le dejó una fortuna colosal, pero de la cual no podía disfrutar sin ganar el pleito interpuesto. Con todo, ésta había encargado á su intendente que le devolviese después de ocurrida su muerte el rico cofrecillo que le había en otro tiempo regalado su sobrino. El conde contemplaba con placer aquellas joyas, por haberle proporcionado la ocasión de conocer al virtuoso Verner y á la amable Fridolina. Sorprendido una tarde en tan grata distracción por el brusco anuncio de una visita inesperada, en vez de volver á colocar las joyas en el cofrecillo y éste en su escritorio, las dejó esparramadas por la mesa, contentándose con cerrar con llave la puerta de su cuarto, y no pensó más en ello.

Cuando al día siguiente, á eso del medio día, al entrar en su cuarto quiso colocar las joyas en el cofrecillo, ¡cuál fué su admiración al notar que le faltaba un hermosísimo broche! No podía haberlo perdido, registró todos los rincones de su escritorio y no pareció... ¿Quién había pues entrado en su cuarto? nadie, solo él y Fridolina que iba todas las mañanas á renovar las flores con que adornaba las ventanas y que ella misma

cultivaba. Aquella mañana, como las demás, habían sido cambiadas las flores; Fridolina, pues había entrado y nadie después, porque había hallado bien cerrada la puerta: ¡qué dolorosa observación para el noble conde! Un peso horrible le oprimía el corazón. El rubor de la vergüenza cubría su frente cuando sintió despertarse en su alma una sospecha que habría querido rechazar. Acercóse á la ventana: era imposible haber llegado tan alto escalándola: á cada instante lo habrían visto los criados de la quinta. Y además, nadie podía haberla visto, sino Fridolina que se hallaba presente cuando él había abierto el cofrecillo. ¿Habría ella osado poner mano en cosa que le había sido fatal? No, no... y multitud de pensamientos y sentimientos contrarios fueron á conturbar su alma. Aquella angelical figura en que brillaba el candor de la inocencia, se presentaba sin cesar á su imaginación. «No, no; es imposible absolutamente» exclamaba vivamente y pegándose en la frente. Mas la fea sospecha escondida en el fondo de su corazón luchaba con su incredulidad y se irritaba con su debilidad.

Vellau procuró calmarse; y se fué en derechura al aposento de Fridolina. Hallóla sentada delante del piano: elogió su arte y su método de canto; mas claramente se veía que se hallaba distraído, preocupado.

Trabó conversación con ella sobre objetos asaz indiferentes, mas sin saber ni lo que decía, ni lo que le respondían. Sacó al fin el cofrecillo y se lo enseñó. Conociólo ella, y al instante el recuerdo de las desgracias que le había causado se despertó en su memoria y sus mejillas se volvieron sumamente encarnadas. El conde al brotar aquella repentina coloración quedó pálido como

la muerte; su corazón latía con fuerza, atormentado por los diversos sentimientos que combatían; dobláronse sus rodillas viéndose obligado á apoyarse en un mueble para no caer de espaldas. Fridolina lanzó un grito agudo, corrió á sostenerle y le preguntó qué tenía. «¡Nada, nada!» respondió el conde; y recogiendo todas sus fuerzas, se lanzó fuera del cuarto. Casi en seguida oyó ella el carruaje del conde rodando por el patio; entró él bruscamente en el mismo, y los caballos partieron con tal velocidad, que las chispas brotaban bajo de sus pies.

Fridolina quedó como petrificada, sin poder explicarse lo que acababa de ver. ¿Adónde iba el conde? Preguntó á los criados; dijéronle que iba á la casa de campo de un vecino, lugar de cita para una gran cacería. Mas ¿por qué tan extraña conducta y tan misterioso con ella? ¿por qué una marcha tan precipitada? enigmas eran que no acertaba á descifrar.

La vuelta del conde se difería de día en día, su carruaje entró por fin en la quinta: llegaba acompañado de otras personas. No fué pues sorprendente para Fridolina que no fuese á verla en seguida, según costumbre. Los forasteros estuvieron allí muchos días y al fin partieron, y el conde permaneció invisible para ella. ¿Tendría acaso motivos de descontento? no le podía ver sino delante de otras diversas personas y notó que sus maneras habían totalmente cambiado y ya no hallaba en él aquella cordialidad habitual. La pobre Fridolina se iba poniendo más y más intranquila. Sin embargo notó que no era ella la sola para quien había cambiado el conde; su frialdad y mal humor se extendían á los demás servidores de la casa. Tal vez le había sucedido algún gra-

ve y secreto contratiempo. Fridolina era demasiado discreta y modesta para preguntárselo. No dió á conocer la pena que sentía y continuó como antes cuidando del gobierno de la casa y de adornar cada día con flores nuevas la ventana del cuarto del conde.

Según hemos tenido ya ocasión de notar, el conde era de un carácter lijero, distraído y olvidadizo; á menudo dejaba por su cuarto joyas y otros objetos de valor sin fijarse en ello: ¡tanto repugna la desconfianza á un corazón puro y cándido! Sin embargo advirtió que en pocas semanas le habían quitado muchas cosas: ya era una moneda, ya un alfiler de oro ó alguna otra joya; cada vez sacudía la cabeza con mal humor; pero sin decir nada á nadie. Sucedió un día que se rompió un anillo de la cadena de su reloj. El conde la sacó y la puso encima de su escritorio para mandarla á la primera ocasión á un platero para su composición. Aquella cadena era ligera pero artísticamente labrada, y en tanto mucho más la apreciaba en cuanto le venía de su padre.

Algunos días más tarde, cuando iba á enviar á uno de los suyos á la ciudad se acordó de la cadena, y la buscó. Había desaparecido. Con todo se acordaba perfectamente del sitio en donde la había dejado. Entonces perdió la paciencia; su longanimidad estaba agotada. Con un vano pretexto subió al cuarto de Fridolina. Aquella precipitada é inesperada visita sorprendió y turbó á la joven. El conde la miraba atentamente, quería hablar y no sabía por donde empezar: tal vacilación, que no escapaba á Fridolina, aumentaba todavía su vacilación. Al fin rompió el silencio: «¡Qué pasa pues, señor conde? parece que tiene

V. algo desagradable que decirme: no me tenga V. tanto tiempo en la incertidumbre.

– Sí, sin duda, muy desagradable, contestó el conde; y por esto tengo pena de hablarla. Debe V. haber advertido, Fridolina, mi mal humor; con todo no he querido dar á conocer nada; ¡es tan contraria á mi carácter la desconfianza! mas debo de hablar al fin. Entre las personas que aquí viven hay alguna infiel á quien debo conocer. De algún tiempo acá, han desaparecido varios objetos de mi cuarto...» Paróse lanzando á Fridolina una mirada penetrante, que naturalmente debía acabar de trastornar su espíritu inquieto.

«Véome pués en la necesidad, continuó el conde, de hacer las pesquisas más severas en todos los habitantes de la quinta: V. se turba, Fridolina, esto la disgusta; lo siento mucho, mas no puedo eximirla de la medida general; mis demás servidores se sentirán menos humillados al ver que no dispenso ni á las personas que gozan de mi aprecio y afectos particulares. He creido pues que no rehusará V. de ser la primera en sujetarse á ello.

—¡Oh! ¡muy de buena gana! señor conde, respondió Fridolina procurando ocultar su confusión; pues todo aquello le recordaba la triste visita domiciliaria que tan funestas consecuencias le había traido.

El conde tiró de la campanilla y dispuso llamar al ayuda de cámara. Era un hombre de probada honradez. Díjole lo mismo que á Fridolina, y mandó proceder inmediatamente á las pesquisas, sin prévio aviso á las personas de la casa. Cerróse la puerta con llave y se dió comienzo al acto. Fridolina se repuso; el sentimiento de su ino-

cencia le dió nuevas fuerzas; ella misma abría cómodas y armarios, traía todas sus cajas y lios, y nada hallaron en todo el cuarto por más que fué minuciosamente registrado. Concluida la operación, el conde balbuceó una fria excusa, y salió del aposento con su ayuda de cámara. Mas en aquel instante Fridolina, abatida por los esfuerzos que había hecho para contenerse, cayó medio desvanecida en un sofá; pero afortunadamente brotó de sus ojos un torrente de lágrimas que alivió su oprimido corazón.

Sin embargo, el conde había hecho reunir á toda su gente en el gran salón, donde los tenía encerrados, mientras él y su ayuda de cámara registraban minuciosamente todos los aposentos de la casa. Pero en parte alguna se descubrió ninguno de los objetos robados.

Descontento de lo inútil de sus pesquisas, fué el conde á encerrarse en el interior de su habitación, y poco después llegó un despacho de la ciudad, diciendo que debía presentarse al momento para el buen éxito del pleito relativo á la herencia de su tía. Sintió gran placer en tener una excusa plausible para salir de la quinta; dió pues las órdenes precisas, y antes de dos horas se hallaba ya en camino con su ayuda de cámara.

Habían andado dos ó tres leguas, cuando el conde oyó un ligero ruido y vió á la fiel paloma de Fridolina que entraba en el carruaje. Aquella vez, como tantas otras, se había parado primero en el imperial, mas probablemente el poder alcanzar algo de que comer la había luego arrastrado á hacer al conde una visita más directa.

Al ver de repente la paloma, el conde sintió

una viva emoción; su corazón se oprimió y hubiera querido sacarla de allí, mas se hallaba demasiado léjos de la quinta para estar seguro de que hallaría el camino el animalito; el conde no tenía deseo alguno de volver allá y así no podía hacer más que quedarse con la paloma. Encargóla al ayuda de cámara, quien pronto satisfizo á la golosita con algunos bizcochos.

Llegó el conde á la ciudad. La herencia era de consideración; pero pasaron muchas semanas antes de quedar en claro todos los pormenores del asunto. Al fin la rica arquilla fué colocada en el carruaje, y el conde, con su ayuda de cámara y un cazador que había últimamente tomado á su servicio se puso de nuevo en camino para regresar á sus dominios. Por el camino se detuvo en casa de un amigo suyo propietario: y aunque éste se empeñó en hacerle quedar aquella noche, el conde rehusó y siguió su camino al anochecer. La oscuridad iba creciendo; sin embargo aun podían distinguirse los objetos cercanos, cuando pasaron por un sitio muy solitario cerca de un espeso soto. Vióse salir de repente de los matorrales á un sujeto que cogió las riendas y detuvo á los caballos. «¿Qué es esto?» gritó el conde soltando á la paloma para coger las pistolas. Al momento de salir la paloma por la portezuela y tomar el vuelo, óyese un fusilazo y luego otro; mas este salía del sitio donde se hallaba sentado el cazador, que saltó en tierra. Un horrible grito siguió al último disparo: el conde y el ayuda de cámara bajaron precipitadamente. He aquí al bandido que detenía á los caballos; exclamó el cazador: creo haberle roto la cabeza con la culata del fusil y he enviado una bala al que disparó contra el carruaje; estoy cierto que le

Vióse salir de repente de los matorrales á un sujeto que cogió las riendas y detuvo á los caballos.

he alcanzado, pues le he visto caer allá entre los matorrales.» El conde y el cazador corrieron, el cochero y el ayuda de cámara quedáronse al pie de la berlina. En efecto hallaron al bandido bañado en sangre; quiso aun defenderse con un cuchillo; mas el cazador, hombre muy robusto, se apoderó pronto de él y le ató las manos con una corbata, luego le llevó hasta el carruaje y entonces el ayuda de cámara dijo que el sujeto que había cogido las riendas de los caballos y que se hallaba tendido y ensangrentado era una mujer disfrazada de hombre.

Resolvióse en seguida trasladar á los dos malhechores á la población más próxima para entregarlos á la justicia. Mas ¿cómo hacerlo? la casa más cercana distaba aun una legua.

«Muy fácil es, dijo el cazador mientras cargaba el arma. El cochero marchará al instante conduciendo á mi señor, y yo me quedaré de facción al lado de esos bandidos, y desde la primera población me mandará V. refuerzo y un carro para llevarlos á la cárcel.

Era efectivamente lo mejor que podía hacerse.

Cuando el conde volvió á subir al carruaje, divisó á poca distancia un objeto blanco en el suelo, y se bajó para recogerlo... Era la pobre paloma muerta y teñida de sangre. Echando á volar por la portezuela había hallado la bala destinada al conde, á quien sin duda salvó la vida aquel incidente. No sin viva y dolorosa emoción llevóse el conde al pobre animalito, que envolvió en su pañuelo. El cochero dió un latigazo á los caballos, y el carruaje partió disparado como una flecha.

Al llegar el conde al primer caserío, dió parte al juez del cantón de lo que acababa de pasar;

pusieron los tiros á una carreta á la cual subieron el cirujano y muchos paisanos armados y con hachas encendidas se dirigieron al lugar del suceso. Los presos, después de la primera cura, fueron colocados en la carreta y llevados al caserío y luego á las cárceles del tribunal del distrito, en donde empezaron á instruir el proceso.

AJUNTAMENT DE BARCELONA
Museu del Llibre i de les Arts Gràfiques

CAPÍTULO XI.

Partida de Fridolina

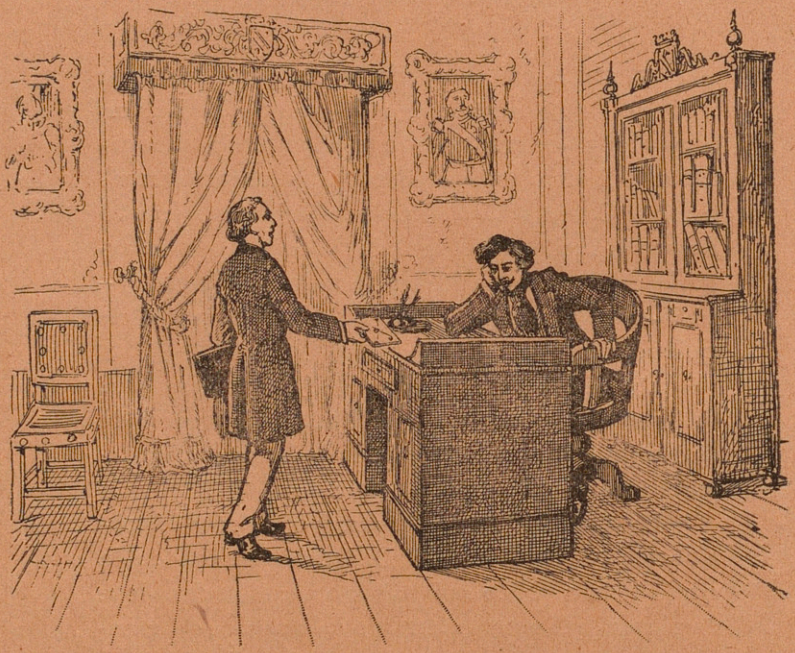
Entre tanto el conde y su gente llegaron sin otro accidente á la quinta de Vellau; pero el conde, resintiéndose algo de la sacudida que había experimentado, se acostó temprano. Cuando á la mañana siguiente mandó llamar al intendente para darle órdenes y encargarle cuidase del valiente cazador, el intendente le entregó un pliego cerrado. «¿De parte de quién?» preguntó el conde.

—Del señor Verner, padre de Fridolina. Dos días después de haber V. salido, desapareció de la quinta con su hija, después de haberme encargado ese pliego para mi señor.

—Han partido pues, murmuró el conde interiormente, ¡tanto mejor! Disfruten en paz de lo que me han ro...» mas al momento, echándose en cara aquel pensamiento involuntario, se corrigió, «de lo que han ganado en casa. También su presencia aquí me hubiera sido demasiado penosa. Poned este pliego en el cajón de mi cómoda; otro rato lo abriré.»

En efecto, el suceso de la víspera había impresionado al conde más de lo que se figuraba al principio. Tuvo que guardar cama muchos días. Aquel ataque de los bandidos había igualmente causado mucha sensación en toda la co-

marca. De todas partes los propietarios circunvecinos fueron á felicitar al conde por haber tan felizmente escapado del peligro, pues era generalmente querido. Hubo, pues, muchas visitas; ¿cómo hubiera pensado entonces en otra cosa que en recibir bien á sus vecinos? A los quince días, el conde recibió una carta del presidente del tribunal provincial, invitándole á enviar un



delegado para presenciar el último interrogatorio y el juicio de los criminales. Confió el conde aquel encargo á su administrador, en cuyo celo é inteligencia podía descansar completamente. Este partió el día designado para la audiencia; y nos es preciso volver á hablar, á pesar nuestro, de dos personas cuya depravación solo horror puede infundir.

Acuérdanse los lectores que Dorotea supo salir de apuros cuando corrió el riesgo de ser conocida y presa en casa el posadero á quien vendía su caza. La posadera dióle vestidos y la condujeron en calesín hasta el primer caserío; mas ¿cómo arreglarse después? el poco dinero que llevaba encima fué pronto gastado, y ya no supo qué hacerse. Muy acostumbrada ya á una vida errante y holgazana, vendió los pocos efectos que le había dado la posadera, y anduvo errante por diferentes comarcas y con diversos trajes, valiéndose de toda clase de medios para vivir. Tan pronto se presentaba como una buhonera que acababa de ser robada; ya era una viuda cuyo marido había derrochado toda su fortuna, había debido abandonar su hogar y entregar todos sus haberes á los acreedores; en fin, acudía á toda suerte de astucias y mentiras para interesar á las almas caritativas. A veces lograba engañar y alcanzar víveres y recursos; pero muy á menudo también solo era tenida por una miserable vagabunda y era rechazada ignominiosamente. Así Dorotea, hija de un rico comerciante que había recibido una brillante educación, iba errante de aldea en aldea, arrastrando una vida infeliz por medio de astucias y estafas.

Una noche fué á la posada de un lugarejo á pedir un rincón para dormir. El posadero tuvo la caridad de darle un vaso de vino y algo de cenar. Desde el sitio en que se había acurrucado miraba á hurtadillas á los viajeros, que eran muchos aldeanos que volvían del mercado, los cuales estaban todos alegres y de buen humor. Poco después entró un hombre, sentóse no lejos de Dorotea; y después de haber pedido en tono brusco una botella de vino, apoyó la cabeza en

una mano y el codo en la mesa y pareció estar absorto en profundas reflexiones, sin fijarse de modo alguno en los demás viajeros. El timbre de la voz de aquel hombre había llamado la atención de Dorotea; cuando llevaron las luces, le miró á hurtadillas y creyó ver en él á Roberto: éralo en efecto. ¿Qué hará esta mujer? ¿se escabullirá para huir de él, ó se juntará con él? Lo último le pareció preferible, porque esperaba hallar una vida más cómoda con su marido, á quien había visto sacar del bolsillo un puñado de monedas cuando había pagado al posadero.

Al coger la capa para marcharse, Dorotea se deslizó fuera de la sala y fué á aguardarle en el camino: él la conoció al momento. «Hoy, le dijo, vienes en mala ocasión. Vuelve á la posada, pasa allá la noche y mañana por la tarde vé por el sendero al bosque que ves allí bajo; hallarás á mano izquierda un mojón de piedra: aguárdame allí.» Dicho esto se alejó rápidamente y Dorotea volvió á la posada.

A la mañana siguiente, después de haber dado las gracias al caritativo posadero, volvió á ponerse en camino y encontró el sitio designado. Por la tarde Roberto fué en efecto á reunirse con ella. Parecía que debían aun hallarse reunidos una vez más á fin de recibir juntos el castigo de sus crímenes. «Mucho me alegro, dijo Roberto, de volverte á ver en este momento. Vas á ayudarme á dar un golpe que nos devolverá nuestro antiguo bienestar; oye: esta tarde, tal vez ahora mismo, pasará por aquí una berlina de viaje en la que irán cierto conde y su anciano ayuda de cámara. En ella va una arquilla que encierra valores considerables. Tú no tendrás que hacer sino esconderte donde te diré y cuando el

carruaje se halle cerca, te apoderarás de las riendas y detendrás á los caballos. Luego que mi fusil haya despachado al conde, fácil nos será coger al cochero y al viejo ayuda de cámara.» Dorotea quería objetar algo; mas el aire amenazador de Roberto y su tono imperioso la detuvieron. Dejóse llevar al lugar designado. Llegó el carruaje. Roberto ignoraba que el conde llevase otro servidor más, y como la noche se venía encima tomó al robusto cazador que estaba sentado junto al cochero por el anciano ayuda de cámara. Nuestros lectores ya saben como aquella odiosa tentativa se volvió contra sus infames autores.

En la instrucción judicial los dos presos confesaron todos sus crímenes; y Dorotea, no viendo ningún otro medio de escapar de los rigores de la justicia, derramó amargas lágrimas y refirió todos los detalles de su vida: para atenuar su falta y alcanzar alguna indulgencia, hizo recaer toda la culpa en Roberto, que la había impulsado al crímen. Presumible es en efecto que no hubiera caido en tanta depravación, si no hubiese tenido la vergonzosa debilidad de unir su suerte con la de un monstruo de inmoralidad como Roberto. Aquel proceso y aquellas confesiones debían aclarar completamente el asunto del cofrecillo. Dorotea no ocultó la menor circunstancia; confesó que al abrazar á la pobre Fridolina había tenido la perfidia de deslizar la sortija en el bolsillo de su delantal. El tribunal envió en seguida un informe al consejo de Lubeck, al cual llamó á Abrahan y al conde de Vellau, y resultando perfectamente probada la inocencia de Fridolina, ambos respetables ciudadanos quedaron libres de su fianza. Abrahan se hizo dar una copia au-

torizada del auto y se incorporó otra vez del cofrecillo que hasta entonces había permanecido en depósito judicial.

Abrahan resolvió ir á la quinta de Vellau para dar él mismo tan feliz noticia á la buena Fridolina; mas antes tuvo que asistir como testigo á la última audiencia del proceso de Roberto. Este y Dorotea confirmaron sus anteriores confesiones y se dió el fallo. Roberto fué condenado á muerte y Dorotea, en vista de ciertas circunstancias atenuantes, no habiendo por otra parte tomado parte en el incendio de la granja y en lo demás, habiendo obrado impelida por su criminal seductor, fué condenada á diez años de reclusión en una galera. Llevaron luego á los dos condenados al lugar donde debían sufrir su castigo. Roberto murió sinceramente arrepentido. Dorotea pudo largamente meditar en su vida pasada é implorar la misericordia del supremo Juez á quien había tan gravemente ofendido con su conducta inmoral é impía.

Terminado el proceso, el administrador del conde de Vellau volvió á casa de su señor. El joyero Abrahan no pudo acompañarle: un negocio comercial, que debía acabar de ajustar con un rico propietario de los alrededores, le obligó á separarse del camino de Vellau.

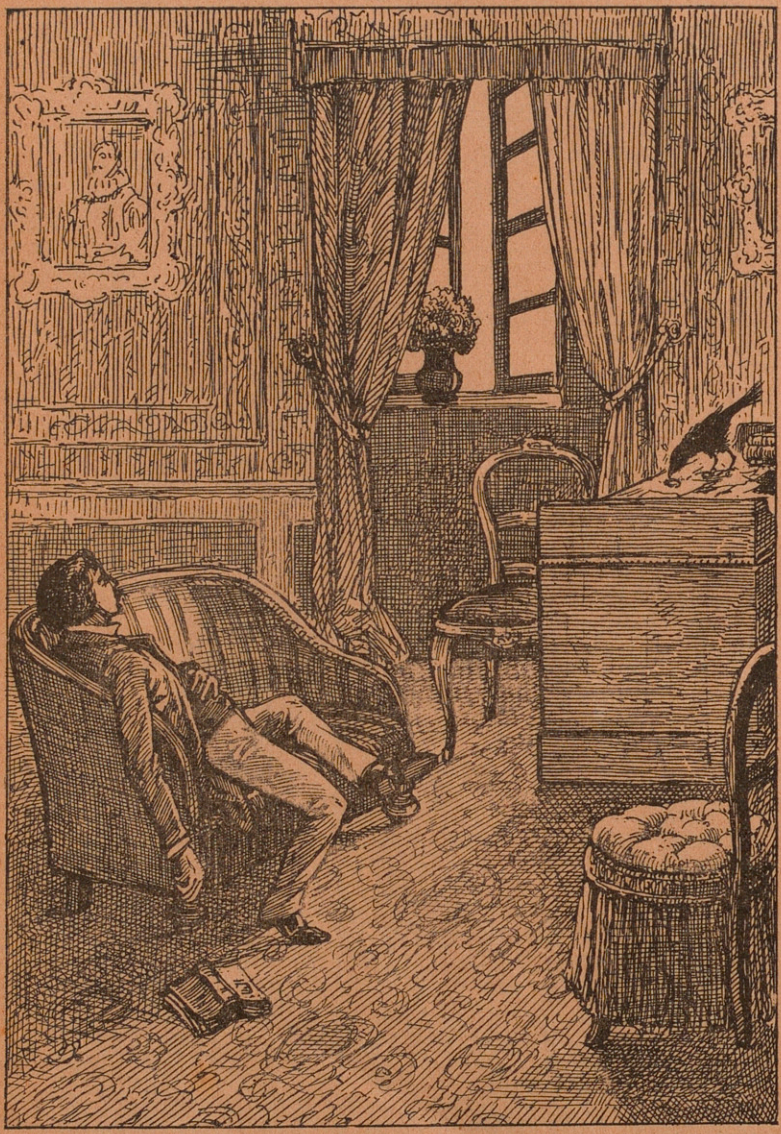
El honrado joyero fué recibido con gozo y el negocio en cuestión pronto quedó ajustado. Sin embargo, Abrahan se dejó fácilmente comprometer á pasar todo el día en aquella casa de campo. Se complace uno en hablar de las cosas de que el corazón está lleno: así es que refirió las desgracias de Fridolina y las pruebas de su inocencia. El propietario que le escuchaba con el más vivo interés, manifestó el deseo de conocer á la

virtuosa Fridolina y resolvió acompañar á Abrahan á la quinta de Vellau. El conde era conocido por la buena acogida que daba á todas las personas honradas. Pusiéronse pues en camino á la mañana siguiente.

CAPÍTULO XII.

Un hallazgo.

MIENTRAS todo esto pasaba, los convidados habían marchado de la quinta de Vellau; la salud del conde se había restablecido algo; mas la ciencia de los médicos era impotente para desvanecer la negra tristeza que le consumía. Desde la marcha de Fridolina le parecía la quinta un espantoso desierto; recordaba vivamente los momentos agradables que había pasado en compañía de aquella virtuosa joven y su apreciable padre. Doquier la ausencia de Fridolina se dejaba sentir; su bonito jardín no estaba ya tan bien cuidado; los jarrones de flores de la ventana de su gabinete no se hallaban ya colocados con tanto orden, elegancia y limpieza. Si quería tocar el piano, faltábale para acompañarle la voz armoniosa de Fridolina. Se ponía á leer, mas los grandes poetas tenían otro encanto cuando ella se los leía con aquel sentimiento de lo bello y sublime que llega directamente al alma, porque en ella nace. En una palabra, el fastidio le seguía á todas partes, sin que nada pudiera distraerle después de la partida de Fridolina. Hallábase en una disposición de espíritu extraña, inexplicable; envidia le vino de seguir el consejo del médico, que le instaba á volver á la capital y buscar en el movimiento distracciones más poderosas.



Vió entonces á la urraca de Fridolina paseándose entre los jarrones de flores, luego revoloteó por el gabinete y se puso en el escritorio. Había encima un alfiler con un diamante El conde se divirtió desde luego en mirar al pájaro jugando con la joya, y arrojándola por acá y acullá;...

Una mañana, sintiéndose aun más que de costumbre poseído de tristeza, había tomado un libro y se había recostado en el sofá; pronto el libro desprendido de sus manos, cayó y no se dignó recogerlo; mientras tanto reinaba en su alrededor el mayor silencio. Al cabo de un momento, un ligero ruido llamó su atención y le hizo volver los ojos hacia la ventana, casi siempre abierta. Vió entonces á la urraca de Fridolina paseándose entre los jarrones de flores, luego revoloteó por el gabinete y se puso en el escritorio. Había encima un alfiler con un diamante. El conde se divirtió desde luego en mirar al pájaro jugando con la joya y arrojándola por acá y acullá; guardóse mucho de hacer el menor movimiento que pudiese espantar al gracioso animalito; más cuando la urraca llegó por fin á tener cogido el alfiler al través con su pico, volvió la cabeza á uno y otro lado como para cerciorarse de que nadie la veía, y psss!... remontó el vuelo llevándose aquel rico botín.

Aquel rayo de luz hizo levantar al conde sobresaltado; apenas si creía lo que acababa de ver. Pero el hecho era cierto: el alfiler había desaparecido, y una mezcla de sentimientos confusos y penosos se apoderó del conde Hizo llamar al cazador y le refirió la aventura: «¡Ah! exclamó él; si así es, no es por cierto el primer ensayo de la maliciosa picarilla; otros hurtos debe haber ya cometido; y tal vez ha comprometido á muchas buenas personas, pues esos animalitos se sirven de muchas astucias para disimular sus robos. Es preciso buscar el modo de prevenirse contra ella.» El conde dió orden de que le pegaran un tiro en cuanto volvieran á verla. «Cuidado, señor conde, respondió el cazador,

procuremos coger al ladrón *infraganti* y descubrir su escondrijo, sino el alfiler quedará perdido.» El conde resolvió, pues, poner otra joya en el mismo sitio, y el cazador encargó á los demás servidores que expiasen los movimientos del pájaro.

Al siguiente día la urraca se mantuvo queda, mas un día después volvió á la ventana. Observóla el conde sin decir nada; también esta vez se puso á jugar con la joya y huyó luego llevándosela. El cazador cuando la vió revolotear en la ventana del gabinete, apostó su gente sin hacer ruido. Al marcharse la urraca no oyó ruido alguno, y sin temor se fué por la derecha del jardín á un árbol hueco; desapareció en seguida entre el follaje y luego volvió sin la joya. Llevaron escaleras de mano y registraron el árbol en todas direcciones. «Ya me lo parecía, gritó el cazador que se había encaramado á lo más alto. Hé aquí un gran agujero, que es sin duda el almacén; vamos á ver lo que ha escondido el travieso animal.» Un momento después bajó con las manos llenas de objetos robados, entre los cuales había aquellos cuya desaparición habían hecho recaer en Fridolina tan dolorosas sospechas.

¡Cuán admirablemente sabe dirigir las cosas la Providencia Divina, cuando se trata de proteger á la inocencia! ¡De qué ingeniosa manera supo encadenar los acontecimientos, para llevar á la buena y piadosa Fridolina á la más bella y gloriosa recompensa de la virtud sujeta á pruebas tan rudas, pero mantenida siempre pura y constante!

CAPÍTULO XIII

Conclusión.

¡CUÁNTO se echó en cara entonces el conde de Vellau el haber podido suponer á la buena Fridolina capaz de acción tan deshonrosa! Gustoso le hubiera pedido perdón arrodillado, si hubiese sabido el lugar de su retiro. ¿Mas qué satisfacción podía ofrecer á la virtuosa joven por la injuria y las penas que le había hecho devorar? El conde se arrepentía también de su descuido y olvidos. «Si no hubiese dejado, decía, sobre mi escritorio joyas que debían estar cuidadosamente guardadas, aquel pájaro no las hubiera robado y no hubiera tenido la desgracia de sospechar de una inocente. ¡Pobre Fridolina, cuán culpable soy respecto de ella!» Entonces se acordó del pliego sellado que había desdeñosamente echado dentro un cajón y en el que no había pensado más. Dióse prisa en buscarlo, abriólo y halló una carta de Verner.

«Señor conde: decía, no nos llame ingratos si abandonamos su casa. El honor lo exige; el honor, bien que deseo llevar á la tumba. Le pido por todo lo que es sagrado para V. que no guarde ninguna sospecha sobre la probidad de mi hija: podría poner por testigo al cielo, de que es inocente. Demasiado afligida para escribirle ella misma, me ha hecho este triste encargo y le devuelvo todos los regalos con que V. la había dis-

tinguido en días más felices. Su corazón mana sangre al despedirse de V , y le suplica quede persuadido de que en nuestro corazón jamás se apagará la gratitud á sus generosos beneficios.»

Apenas pudo el conde acabar de leer tan breve carta: cayóle de las manos y rodaron por sus megillas lágrimas ardientes. En aquel instante entraba en el patio una silla de posta, y un criado anunciaba la visita de Abrahan y el barón de Stromberg. El conde procuró componerse al momento para recibir cortesmente á sus huéspedes. Mas cuando en el curso de la conversación Abrahan presentó al conde el texto del fallo que declaraba la inocencia plena y entera de Fridolina, ya el conde no fué dueño de sí mismo. Empezó á quejarse y gemir y refirió cuanto había pasado en la quinta. Abrahan quedó desconsolado por no poder felicitar á la buena Fridolina, como si fuese para él una fiesta; y prometió al conde no descuidar nada para descubrir el lugar donde se había retirado. El conde le entregó la carta de despedida para que la leyese. Abrahan, dando una ojeada al sobre, pareció quedar sorprendido al examinar el sello, que había quedado intacto al abrir la carta.

—Señor conde, dijo, ¿sabría V. decirme á quién pertenece este sello?

—Es de Verner, el padre de Fridolina, respondió el conde.

—¡Perfectamente grabado! repuso Abrahan; poseo una colección de sellos y de armas grabadas y me gustan estos objetos. ¿Tendría V. la bondad de cederme éste?

—Con mucho gusto, replicó el conde sonriendo.

Sentáronse á la mesa y se esforzaron de mil

maneras para alegrarse. Al día siguiente, Abrahan y el barón de Stromberg se despidieron del conde: y éste debió prometer al barón, bajo palabra; irle á visitar en su casa de campo á la primera invitación.

—«Oiga V., querido Abrahan, dijo el barón cuando estuvieron en camino; me ha acudido una idea que me preocupa á pesar mío, pero de la que no he querido hablar delante del conde. Sabe V. que soy el encargado de una fundación piadosa para ancianos y otros infelices: es una creación de mis antepasados. El Administrador del establecimiento me escribió, hace algunas semanas, que acababa de admitir á un anciano débil y á su hija, por haberse ésta ofrecido á servir como criada, sin otro salario que la alimentación y cuidado del anciano. En consecuencia, dicho Administrador me pidió autorización que concedí desde luego interinamente, salvo el darla definitiva el día de la revista anual. Actualmente, querido Abrahan, V. está próximo á regresar á la capital, pues bien: yo sería de parecer que se quedará V. otro día conmigo, y luego, pasado mañana, partiremos juntos. ¿Quién sabe? tal vez estamos ya en la pista de nuestros fugitivos.» Abrahan aceptó lo propuesto; hiciéronse todos los preparativos y juntos se dirigieron á la capital.

El día mismo de su llegada, el señor de Stromberg fué á visitar el establecimiento acompañado de Abrahan. Dirigiéronse al Administrador, que mandó llamar á la nueva sirvienta, quién entró. «¡Es ella!» exclamó Abrahan, dirigiéndose hacia la misma. Fridolina le conoció igualmente, y cuando le enseñó el auto judicial que la declaraba inocente, derramó lágrimas de gozo.

Abrahan tomó la palabra: «Permítanme, señores, hablar un momento en particular con el señor Verner; tengo que comunicarle cosas importantes.» Por supuesto que sin dificultad se accedió á la petición del honrado negociante. Abrahan entró en el cuartito, muy limpio, por cierto, que Verner ocupaba. Después de algunas palabras sobre asuntos indiferentes, Abrahan manifestó al anciano la completa rehabilitación de su hija y el arrepentimiento del conde. El anciano dió gracias á Dios, manifestando al propio tiempo el deseo de no volver más á la quinta del conde de Vellau. Como V. guste, repuso Abrahan; pasemos á otro asunto: Dígame V., Sr. Verner, ¿es de V. este sello?

—Sí, lo es por cierto.

—Es sorprendente. ¿Se servía V. de él cuando dirigía su casa de comercio?

—Siempre lo he usado.

—Sin embargo, paréceme que este sello era antiguamente el de la familia de los barones de Steinau.

—Muy posible es ..

—Imposible que en esto me equivoque. El barón Pedro de Steinau tuvo grandes reveses á causa de los sucesos de la guerra; quedó completamente arruinado y la pérdida de su fortuna le llevó al sepulcro. Tenía un hijo único, que desapareció, y del cual nada se ha sabido

—Pues yo puedo enteraros: aquel hijo tomó otro nombre y fué al extranjero, donde se dedicó al comercio de lanas. Tuvo buena suerte y adquirió una fortuna considerable. Habiendo casado con una plebeya, ocultó cuidadosamente su prosapia y nombre verdadero. Sin embargo, podría suceder que esta revelación fuese útil para

su hija..... Hé aquí el diploma: yo soy el barón de Steinau.

—Bien, muy bien, señor barón. ¿No oyó V. jamás decir á su padre que había adelantado á un tal Moysés un capital de cincuenta mil escudos para ir á establecerse en América?

—Acuérdome haber oído hablar de ello en otro tiempo, y aun he conservado la obligación que el tal Moysés dejó á mi padre; ignoro empero que ha sido del deudor.

- Aquel Moysés fué á América, donde hizo fortuna, y después de muchos años volvió á su patria. Su primer cuidado fué informarse de su bienhechor, á quien había escrito muchas veces sin recibir contestación. Todas sus investigaciones acerca del descendiente de la familia Steinau, fueron también infructuosas. Moysés era mi hermano y murió en mis brazos. Coloqué aquel capital en mi comercio con intención de devolverlo al legítimo acreedor. Tal dinero ha fructificado y, junto con los intereses acumulados en unos ochenta años, asciende hoy á más de 120 000 escudos, que me hallo pronto á entregarle dentro tres meses. Entretanto dígnese V. aceptar, junto con su amable hija, mi casa por morada. Siendo su padre de V. el primer autor de la fortuna de mi hermano y de la mía, me atrevo á esperar que no me rehusará la dicha de probarle mi agradecimiento.»

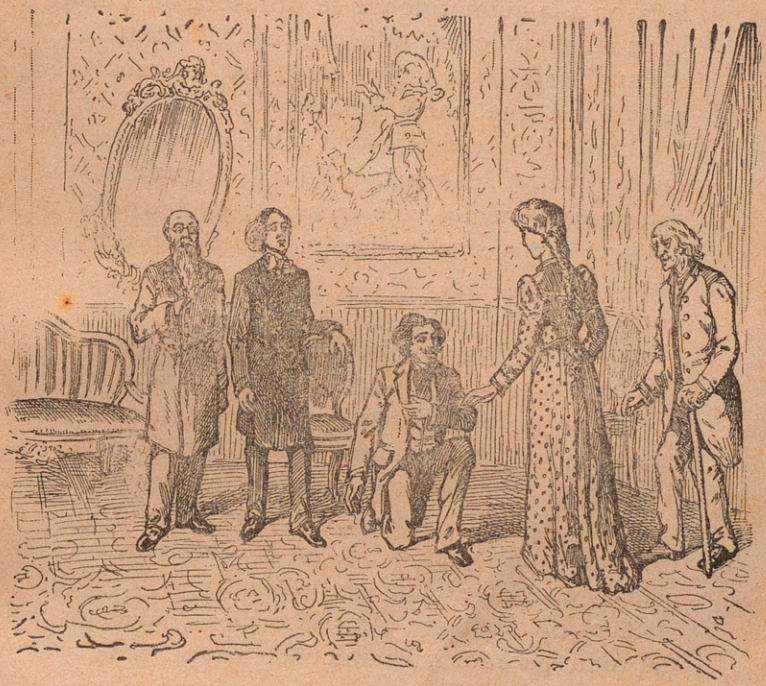
El exceso de su gozo quitaba al respetable Verner la fuerza de hablar y responder; y no era por sí sino por Fridolina que se alegraba de tan inesperada fortuna. Fridolina y el barón de Stromberg, supieron pronto todos estos detalles, y el excelente Abrahan llevó á su casa aquella dichosa familia. Después de haber descansado

algunos días, cuando se hubieron tomado todas las medidas para el reembolso de los fondos, y se hubieron hecho las compras indispensables, accedieron á la urgente invitación del señor de Stromberg, que les rogaba fuesen á pasar una parte de la buena estación en su casa de campo. No tenemos necesidad de decir que también fué Abrahan. Entretanto el conde de Vellau languidecía presa de la más amarga tristeza. No podía perdonarse la injusta sospecha que había afligido á Fridolina y á su padre, y hubiera dado su fortuna toda por no haber caido en aquella falta ó poderla reparar. Un día recibió inopinadamente una carta del señor de Stromberg, que le convidaba fuese á verle al instante en su casa de campo. Poco dispuesto se hallaba el conde á disfrutar de los goces de la sociedad; sin embargo, la carta de invitación estaba concebida en términos tan atentos, que le fué imposible negarse. Fué, pues, á casa del señor de Stromberg y con mucho gusto vió en ella al generoso Abrahan. No tardaron en entrar en conversación y Fridolina fué el principal objeto. «¡Ay de mí! dijo el conde, si pudiese tener la dicha de volverla á ver, le ofrecería la única reparación digna de ella, mi mano y mi fortuna. En este momento aprecio sus virtudes y bellas cualidades todas y siento cuanto la quiero. Salió del largo proceso pura y sin tacha. Dueño soy de mis actos y me importa poco lo que diría el mundo de un casamiento que llamaría desigual.»

Quería el conde proseguir, cuando un criado entró anunciando al señor de Steinau y á la señorita su hija.

El conde hizo un movimiento de impaciencia y su semblante se oscureció, pues no se hallaba

en buen estado de ánimo para encontrarse con forasteros. Entretanto ábrense las dos hojas de la puerta, entran los forasteros... y el conde lanza un grito de sorpresa al conocer á Fridolina y á su padre. Cae á sus pies y le ruega, llorando, le perdonen su injusticia. El señor de Stromberg le explicó en seguida cómo habían sabido que el señor Verner era el barón de Steinau.



—Acuérdese V., señor conde, añadió el señor de Stromberg, que V. dijo que debía una reparación á la señorita y á su padre: creo ha llegado el momento de realizar esta promesa.

Fridolina no supo responder sino con lágrimas de emoción á la proposición del conde, y lo confió á la prudencia de su padre, quien aceptó.

No seguiremos describiendo las escenas que siguieron. El conde de Vellau y Fridolina fueron los más felices esposos. Diez años de la unión más afortunada habían transcurrido, cuando un día, paseándose por las cercanías de la quinta, hallaron á una pobre mendiga, flaca y descarnada, que les pidió limosna. Fridolina retrocedió sorprendida y la mendiga, lanzando un grito cayó desvanecida. Los criados que acudieron la trasladaron á la quinta, donde se apresuraron á hacerle recobrar los sentidos..... ¡Era Dorotea!.....

Esta infortunada había pasado los diez años de reclusión á que había sido condenada. Había acudido á Dios y reconocido con vivo arrepentimiento cuánto le había ofendido con una vida manchada de vicios y de crímenes: su contrición era profunda y sincera. Después que hubo recobrado los sentidos, cayó de rodillas y pidió perdón á Fridolina. ¡Con qué alegría le otorgó su perdón aquel ángel de bondad! El conde de Vellau obtuvo para ella un cuartito en el hospicio del barón de Stromberg, y la buena Fridolina ensanchó más tarde aquella casa de beneficencia, fundando en ella un asilo para las jóvenes arrepentidas. Las que eran admitidas recibían al entrar, una tablilla que debía quedar colgada en su celda y en ella se leían estas palabras:

«Dios omnipotente y misericordioso, apiadaos de todo pecador sinceramente arrepentido, y después de haberle perdonado sus faltas, concedle la paz y la vida eterna.»

FIN

AJUNTAMENT DE BARCELONA
Museu del Llibre i de les Arts Gràfiques
Reg. 823

CAPÍTULO VI.

La curación

Tan pronto como le fué posible, fué Martín á consultar con el médico. El digno amigo de la humanidad no tardó en ir á la casa de campo. Después de haber examinado cuidadosamente los ojos del anciano, leyó con la mayor atención la receta que le presentaba Fridolina. «Buena muchacha, le dijo, no puedo menos de aprobar esta fórmula, que se encontró entre los papeles de un célebre médico que murió hace ya mucho tiempo; la aplicación de este remedio no puede dañar á su padre; debo sin embargo decirle con fra
esa

pu
sej
tie
sua
me

dic
tra
cui
ten
cia
nas

conducta de la joven en el interior de su hogar. Pasaron muchas semanas sin notarse cambio apenas en el estado de Verner, y el médico persistía en creer incurable la dolencia. Sin embargo, no se desanimó Fridolina; permaneció firme confiando en el favor todopoderoso del Señor y cuando dirigía á Dios sus ardientes súplicas, una

late.
Cuál
uvo,
le su
más
ro y
ntes
esta-